Mujeres viajeras

POR

FRANCISCO DE LAS BARRAS Y DE ARAGON

Infinitas son las mujeres que han viajado y viajan, pero no puede negarse que son en número bastante menor que los hombres.

En realidad, el interés de tratar de ellas estriba en fijar la atención en aquellas que han dejado escritas las impresiones de sus viajes. Esto es lo que nos movió a ir reuniendo algunos datos bibliográficos sobre mujeres que han realizado viajes de alguna importancia.

Pero pensamos también que además de las que han escrito hay no pocas que por su mérito notorio en otros órdenes de la vida merecen ser recordadas y conservada su biografía.

Si fuéramos a estudiar una a una las mujeres viajeras, encontraríamos, como es natural, una gran variedad, pero en conjunto podemos distinguir entre las mujeres a quienes las circunstancias han hecho viajar y luego se ha despertado en ellas el deseo de consignar y transmitir a los demás sus impresiones y las que por su propio impulso se han lanzado a hacerlo, pero en éstas casi siempre les ha llevado otro impulso, como pasa con la exploradora del Tibet que figura en nuestra serie, o la periodista que da la vuelta al mundo con el propósito de escribir un viaje, que se editará como libro, después probablemente de haber sido una serie de artículos.

Muchas, acaso la mayoría, viajaron porque las circunstancias se lo imponían, pero fueron reaccionando y escribiendo los trabajos acaso más interesantes, como el de la Misionera, el de las Islas de Ensueño y el de la inglesa que vivió en Trípoli.

Acaso pudiera algún día intentarse una clasificación de las viajeras que escribieron, formando un grupo aparte con las que no escribieron sus viajes, pero por la extensión de ellos y su notoriedad deben tenerse en cuenta.

Como figura única entre las viajeras está Ida Pfeiffer, que desde niña soñó con viajar, y cuando pudo, cerca de la madurez, viajó enormemente y murió como consecuencia del último viaje. Esta fué sólo una viajera genial, que escribió mucho, pero su fin fué únicamente viajar y viajar, si bien también escribió y muy bien.

Entre españolas y extranjeras de todo tiempo hemos reunido unas cuantas, pero, en conjunto, resulta un número reducido, que no permite clasificación alguna ni geográfica ni histórica, por lo cual nos limitaremos tan sólo al orden alfabético de apellidos.

Sin más introducción, pasamos, desde luego, a enumerarlas.

BARRETO (D.ª Isabel).

Era la esposa de D. Alvaro de Mendaña, y precisamente su viaje corresponde al segundo de su marido.

Sabido es que D. Alvaro de Mendaña de Neyra era sobrino del Virrey interino del Perú, D. Lope García de Castro, quien organizó una expedición hacia Occidente que salió del Callao en 10 de Enero de 1568 para buscar las que se suponían Islas de Salomón (por creer que este rey mandaba allí sus flotas, que volvían llenas de riquezas), y dió el mando de la expedición a su sobrino, que entonces tenía sólo veintidós años. Llevó de piloto mayor a Hernán Gallego.

Cruzaron el Pacífico y descubrieron, junto a Nueva Guinea, el magnífico archipiélago que llevó desde entonces el nombre de Islas de Salomón. Construyeron un buque pequeño, reconocieron el archipiélago, que comprendieron tenía grandes condiciones para ser colonizado, y regresaron al Perú con este propósito.

No logró Mendaña conseguirlo pronto porque tardó veintisiete años.

Esta segunda expedición, que se hizo con previa autorización de la Corona, iba con el plan de fundar una colonia, y la formaron diferentes matrimonios y varias solteras, de las que algunas se casaron durante la travesía.

Mendaña estaba casado con D.ª Isabel Barreto, creo que nacida

en el Perú, y llevando a un hermano suyo que era uno de los capitanes de tierra.

Parece que la familia de D.ª Isabel había gastado en la expedición más de cuarenta mil pesos. El Virrey Marqués de Cañete patrocinó dicha espedición.

Salieron del Callao el viernes 9 de abril de 1595.

Componían la armada de Mendaña cuatro buques; iba de maestre de campo Pedro Merino Manrique y de piloto mayor Pedro Hernández de Quirós.

Después de salir del Callao fueron a surgir en el Puerto de Cherrepe, en la ciudad de Santiago de Miraflores, donde el Capitán Lope de Vega tenía ya alistada mucha gente que se embarcó, la mayor parte con sus mujeres e hijos. Se juntaron a bordo trescientas setenta y ocho personas, de las que doscientas ochenta eran soldados, llevando doscientos arcabuces. Era la Capitana, donde iban Mendaña y su esposa con Fernando de Quirós, la nao "San Gerónimo". La nao Almirante se llamaba "Santa Isabel"; seguía en importancia la galeota "San Felipe", y por último una fragata llamada "Santa Catalina".

Siguió Mendaña un paralelo algo más al Sur que la vez anterior. Navegando al OSO., el día 21 de Julio descubrieron una isla, a la que se denominó de la Magdalena, y a otras próximas llamaron *San Pedro, Dominica,* y *Santa Cristina,* a todas las cuales en conjunto denominó Mendaña las *Marquesas de Mendoza,* en obsequio y memoria de D. Pedro Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete.

El 28 de Julio saltaron en tierra D. Alvaro con su esposa doña Isabel en un puerto que halló el maestre; se dijo misa y, en nombre del Rey de España tomó posesión de las cuatro islas; sembró maíz en presencia de los indios y les dió prueba de sus amistosas intenciones, reembarcándose. Quedó en tierra el maestre de campo con los soldados, que dieron lugar a una cuestión con los indios, que luego se apaciguó.

El 5 de Agosto zarparon y el 20 encontraron unas islas pequeñas, que dió Mendaña el nombre de *San Bernardo.*

El 29 de Agosto vieron una isla rasa, a que llamaron *La Solitaria.*

En tanto surgía espíritu sedicioso en la gente de Mendaña.

Por último, tras haber visto una isla con un volcán, llegaron a la que llamaron *Santa Cruz,* donde empezaron en buenas relaciones con

el cacique, llamado Malope; pero el fondo latente de insubordinación que había y la maldad de algunos soldados nuestros, fueron causa del asesinato del cacique, porduciendo un estado de violencia que ya no se aplacó.

Como aumentaban las penalidades y enfermedades, empezó a manifestarse la insurrección, capitaneada por el Maestre de Campo.

Cuando aun no había estallado, Mendaña, que se hallaba bastante enfermo, dijo a Doña Isabel lo que iba a hacer; desembarcó llevando el estandarte real. Saltaron a tierra y buscando al Maestre de Campo lo mandó matar. Después se ahorcó a uno o dos de los complicados de mayor categoría.

Nombró para sustituir al Maestre de Campo a Lorenzo Barreto, quien poco después era herido en una pierna de un flechazo, que a los pocos días murió, probablemente de gangrena.

En esto murió Don Alvaro de Mendaña; pero antes, usando de las atribuciones que le concedía la Real cédula, nombró a su esposa Doña Isabel Barreto Capitán General, por lo cual pasó a ser jefe de la expedición.

La situación iba siendo desastrosa. Aparte de las disensiones que existían, las enfermedades diezmaban a los expedicionarios, y se hacía imposible sostenerse más porque se hubiera terminado con la muerte de todos. La salvación se debió al gran marino y Piloto Mayor Don Pedro Fernández de Quirós, quien propuso, y en ello estuvieron conformes, retirarse a Filipinas.

Seguimos las noticias del P. Aganduru Moriz en su *Historia de Filipinas.* Contaban para la retirada con la nao principal y otra menor que en los escritos llaman «Fragatilla».

No quería Doña Isabel abandonar el cadáver de su marido para que su sepultura fuera violada por los naturales, y así se hizo, procurando instalarlo en un ataúd a propósito y llevarlo consigo a Filipinas; pero después de estar en la nao acabaron por decidir que fuera en la «Fragatilla», acaso por ir algo más libre, porque en los dos buques iban repartidos todos los restos de la expedición, en que figuraban numerosas mujeres y niños. Decidieron partir, y pronto se perdió de vista la «Fragatilla», de la cual no volvió a saberse nada, perdiéndose con ella los restos de Mendaña, que fueron a disolverse en las aguas del Pacífico, como lo habían hecho

los de Loaysa, Elcano y, cerca de tres siglos después, los de Domingo de Boenechea. Realmente no se sabe, pero el P. Arganduru dice que más tarde se supo que la «Fragatilla» naufragó en una de las islas del archipiélago de Santa Cruz, donde si algún hombre se salvó fué muerto y sólo quedaron con vida unas veinte o treinta mujeres de que se apoderaron los indígenas que, aunque en cierto modo las adoraban, las tuvieron sujetas y dieron lugar a una población mestiza.

Pero volviendo a los hechos del todo comprobados, nos fijaremos sólo en la nao que salió el 7 de noviembre de 1597. Iba sobrecargada de personas hacinadas en la bodega y con escasez de agua y alimentos; hizo rumbo a Manila.

Fué un viaje terrible en que, según parece, Doña Isabel procuró no llevar la peor parte en las escaseces y miserias del viaje, ocupándose siempre en sostener su rango y preeminencias por encima de todo.

Avistaron por fin la isla de Luzón y en su costa antes de llegar a Manila, hizo desembarcar a su otro hermano para que anunciara su llegada y recabara desde luego para ella todos los honores que le correspondían como Gobernador y Capitán General de la fracasada colonia de las islas de Salomón.

Como lo deseaba se realizó y cuando llegados a Manila fué hora del desembarco, se hizo éste con salvas de artillería y formación de las tropas que guarnecían la ciudad, capital de la también naciente colonia filipina.

Causó en Manila profunda lástima el estado en que llegaron, sobre todo las mujeres, viudas casi todas, y los niños. Las familias más acomodadas se repartieron para que se curaran y repusieran aquellas desgraciadas; acaso algunas eran nacidas en la península, pero la myoría peruanas.

En seguida encontraron pretendientes y se casaron casi todas, salvo tres o cuatro que entraron monjas.

Repuestos y reparada convenientemente la nao, el mismo Don Pedro Fernández de Quirós se encargó de conducir a Doña Isabel a América, como lo hizo.

Pero en esto ya las circunstancias habían cambiado, porque Doña Isabel, antes de salir de Manila, se había vuelto a casar con un

señor Castro, que creemos más joven que ella. No estuvo a toda la altura que correspondía la viuda del César.

Por fin llegó a Lima y allí vivió con su nuevo esposo, sin que diera más señales de vida que haber querido invocar sus derechos sobre las islas de Salomón cuando, años después, el mismo Pedro Fernández de Quirós, provisto de la oportuna Real cédula, fué a organizar su viaje. Entonces se encontró con que Don Francisco de Castro, segundo esposo de Doña Isabel, quería invocar los derechos de ella a las islas de Salomón e impedir el viaje. Por fin prevaleció el buen sentido, y con el apoyo del Virrey se organizó la expedición de Fernández de Quirós.

BERTRANA (Aurora).

Es, o era, pues no sé si vive, una escritora catalana bien destacada.

La conocí en Madrid por los años de 1934 a 35 y me la presentó su paisano D. José Cuatrecasas, Catedrático de Botánica en la Facultad de Farmacia, exponiéndome su deseo de que yo, como socio del Ateneo, le facilitase el dar una conferencia sobre su viaje al archipiélago de Taití.

El propósito de ella era dar varias conferencias en Madrid; de que fueran retribuídas no dijo nada. Yo tuve la candidez de llevarla al Ateneo, presentarla al Secretario, y apoyar su pretensión, que no creí tuviera dificultad alguna; pero envuelto en muy buenas palabras recibimos al más completo desaire.

Ya con más cautela nos dirigimos a algunos otros centros y sociedades, dando por fin una primorosa conferencia en el Liceo Femenino.

Nunca he estado en antecedentes bastantes para saber los motivos por que se hacía el vacío alrededor de esta mujer de buena pluma y palabra y en la que, a poco de tratarla, se podía apreciar su gran talento y a la vez una gran modestia.

No conozco otros antecedentes, ni me importan, pero no quiero dejar de hacer constar mi protesta por la desatención y mi agradecimiento al Liceo Femenino.

Los hechos que motivaron los viajes de Aurora Bertrana no pueden ser más sencillos. Se casó con un suizo, Ingeniero Mecánico, que fué enviado a la isla de Taití para dirigir el montaje de una fábrica. Y, como era natural, ella le acompañó. No sé si el viaje fué o no inmediato al casamiento, pero, de todos modos, se puede considerar como un ideal viaje de novios.

Lástima es que haya limitado su obra al archipiélago de Taití, porque seguramente del viaje de ida y del de regreso hubiera formado interesantísimos capítulos que probablemente dormirán inéditos en los diarios que seguramente escribió.

La notable obra publicada tiene por título *Islas de Ensueño* y fué publicada por el editor Joaquín Gil en 1933, formando parte de las Ediciones Populares Iberia (1).

El libro está dividido en cinco partes, correspondiendo cada una de ellas a una de las islas visitadas por la autora.

En todas ellas su fino espíritu no limita sus observaciones a lo externo, sino que con un verdadero éxito procura penetrar en el espíritu y conocer el alma de aquellos pueblos, aprovechando diálogos, frases sueltas y todo cuanto pueda descubrirla.

La obra, en todos sus aspectos, es de indiscutible valor etnográfico. Es también su lectura muy atrayente por su gran amenidad.

Primera parte: Taití.—Está dividida en seis capítulos. 1. «Papecté moderna». En éste se hace la descripción de la capital de Taití, haciendo resaltar sus bellezas naturales. 2. «El Correo de California», en que relata las impresiones de la llegada de turistas yanquis. 3. «Un barrio chino en una ciudad oceánica». Trata de los bajos fondos de la ciudad de Papecté, y habla de los fumaderos de

(1) Aurora Bertrán, Miembro corresponsal de la Sociedad de Estudios Oceánicos: *Islas de Ensueño* (Tres años entre los indígenas de la Polinesia).—Edición popular ilustrada con 65 fotografías facilitadas por la autora.—Publicación periódica. Primera edición: Enero 1933.—Ediciones Populares Iberia.—Joaquín Gil, editor.—Barcelona, Muntaner, 180.—Madrid, Avda. Pi y Margall, 9.

Las fotografías que ilustran esta obra pertenecen a la colección particular de la autora y de las cuales 62 son fotos Choffat, dos de la Metro Goldwin Mayer y una de Gautier.

En 4.°. 80 páginas.

opio, establecidos por chinos, de un restaurán chino, del juego, etc. 4. «Sombras de realeza». Es una ojeada histórica sobre la decadencia de Taití y sus últimos reyes. 5. «Turey, la cortesana». Es el estudio de un tipo de mujer indígena. 6. «Vuelta alrededor de Taití». Es un interesantísimo viaje realizado alrededor de la isla, parte en auto y parte en balandro.

En los diarios de la primera expedición española a Taití realizada en el siglo XVIII por D. Domingo de Bonaechea, base de nuestro trabajo «España en la Polinesia Oriental», que publicamos en el BOLETÍN DE LA REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA, figura el viaje alrededor de la isla que efectuó el segundo de la expedición, D. Tomás Gayango, y cuyo relato, escuetamente tomado del natural, supera a la mejor novela de viajes de Julio Verne o Salgari.

En el trabajo de referencia nos ocupamos también de la obra de D.ª Aurora Bertrana.

Segunda parte: Mooreá.—Está dividida en cuatro capítulos. 1. «Las bodas de Hamué». Aprovecha la autora la ocasión de ser invitada a una boda que iba a ser sonada, entre una hija adoptiva del administrador francés de la isla con un muchacho educado por el P. Félix, misionero católico francés, y hace el viaje, travesía que sólo duró dos horas, en una pequeña embarcación con una sola vela. Describe todo, incluso el peinado de la novia. El viaje que tuvo que hacer hasta Haapaiti y alguna desatención que los europeos tuvieron para con la autora, sin duda por ser española. Los indígenas siempre le guardaron toda consideración. 2. «De Haapaiti a Afareaitú». En este capítulo describe cómo terminó la vuelta a la isla de Moorea. 3. «Muerte de una mooreana». Aquí describe el duelo y banquete mortuorio. 4. «Regreso». En que estuvo a punto de naufragar.

Tercera parte: Huhaine.—Está dividida en dos capítulos. 1. «A través de la selva». Describe el desembarco de ella y su marido en Fare, capital de Huhaine, «bajo la mirada burlona de los astutos mercaderes semipiratas del Pacífico». Estaban allí reunidos porque preparaban una suculenta comida en casa del primer traficante de Huhaine, a que asistió todo el estado mayor de la goleta que los había conducido. Claro que nuestra viajera y su marido, no. Desde allí emprendieron su recorrido de la isla de coral por el borde del

lago, donde se bañaron cubiertos por los árboles, comen, duermen una siesta y se despiertan cubiertos de mosquitos...

Por la noche regresan a Fare, de donde pensaban partir, pero les anuncian que el regreso se ha retrasado; aunque no se lo explican, se ve claro que a causa del banquete, que ha degenerado en escandalosa orgía.

Nuestro matrimonio, cansado y hambriento, logra por única comida comprar un pan, una lata de sardinas y una botella de cerveza que toman sentados en el muelle.

2. «Agua mansa bajo la luna». Como no tenían alojamiento se deciden a pasar la noche errando de un lado a otro entre fantásticos parajes, yendo a parar al centro legendario y nebuloso de Huhaine, donde la isla se divide en dos: Matairea y Huahuateuru, lugar apartado y majestuoso en que florecieron todas sus leyendas y donde al tiempo de la conquista perecieron veinticuatro marinos franceses luchando con los heroicos indígenas, últimos defensores de la libertad de su patria.

Cuarta parte: Raiotea.—Consta de cinco capítulos.

1. «Sobre el Pacífico». Describe su viaje en una de tantas goletas, pasando el matrimonio cerca de veinticuatro horas para llegar a Raiotea, donde iban a pasar una temporada. La viajera, entre otras mil observaciones, escudriña a través del agua cristalina el fondo del mar, donde descubre una «naturaleza varia, maravillosamente policromada...» Desembarcaron por fin en el puerto de Uturoa, pero el fin de su viaje estaba en una cabaña de bambú situada al otro lado de la isla, en una bahía profunda y solitaria que para pasar una temporada les ofrecía el Administrador de las islas de Sotavento, cuya residencia es Uturoa. En un bote de vela que puso a su disposición marcharon hacia el lugar de su descanso.

Sabido es que el archipiélago de la Sociedad se divide en dos grupos: Islas del Viento e Islas de Sotavento.

Esta denominación fué dada por los navegantes a causa de los vientos alisios.

2. «Vida selvática». Aquí encontramos una fecha de referenciado; dice: «En la primavera de 1927 (primavera para los países occidentales; para mis islas oceánicas no había ni otoño ni in-

vierno) nos hallábamos en el fondo de la gran bahía de Hamuatai, entre la laguna y la selva». Todo el capítulo describe aquella vida paradisíaca en compañía de los señores de Jobert, que les habían ofrecido su casa.

3. «El rubio maorí de ojos azules». Describe una excursión en piragua y el encuentro de un niño indudablemente mestizo, acaso de germano, pero hijo oficial de un matrimonio del país.

4. «Don Quijote en piragua». Actuó de Don Quijote el señor Jobert, al intervenir en el asunto matrimonial de un maorí que pegaba a su mujer.

5. «Zane Grey». Está dedicado al conocido escritor norteamericano de origen indio Zane Grey, insigne novelista y pescador intrépido, que se presentó en Uturoa en su bajel «Fisherman», mandado por el capitán Michel, acompañado de gran séquito, al que no faltaban operadores cinematográficos. Con él hicieron una expedición de pesca a Mutu-Ari, que describe con todo detalle, así como el «Encantamiento del fuego», en que los maorís andan sobre piedras enrojecidas.

Quinta parte: Bora Bora. — Consta de dos capítulos. 1. «La Spark». Trata del viaje a bordo de la goleta de este nombre mandada por su capitán, hijo de un oficial inglés y una indígena.

Describe el interesante pasaje de la goleta, en que figura entre naturales del país, chinos y marquesanos, un europeo, Mr. Juan Bernodon, director de Obras públicas de Bora Bora. Describe el viaje y la comida y luego la llegada a Bora Bora, entrando en el puerto natural de Vaitapee, el más profundo de Oceanía, donde cabe toda la escuadra americana del Pacífico.

2. «Cantos y danzas». Un elogio que la autora hizo al Estado Mayor del buque y su pasaje motivó el que el jefe de Obras públicas, antiguo albañil, se animara a facilitarles y guiarles a un valle en que los indígenas de aquel distrito tenían la costumbre de «reunirse en un calvero del bosque para entonar sus cánticos al Altísimo». Describe primero estos cánticos y luego una danza que excitan nuestros viajeros con un buen obsequio de cerveza. Luego emprenden el regreso a Vaitapee.

En un apartado final del capítulo da cuenta de la partida de la

«Spark» para su regreso, siendo despedidos por todo el pueblo en la playa.

Aquí termina el libro, que fecha su autora en Polinesia Oriental, 1926-1929.

BOHOL DE FABER Y LARREA (Cecilia). («Fernán Caballero»).

Muy poco he de decir de la biografía tan conocida de la insigne novelista Cecilia Bohol Larrea que con el pseudónimo de «Fernán Caballero» ha dado días de gloria a la literatura española. Está comprendida en el grupo de aquellos que aunque no escribieron sus viajes merece siempre citarse.

La ascendencia de Cecilia es mezclada. Su padre, Juan Nicolás Bohol, había nacido en Hamburgo el 10 de Diciembre de 1770. Fué buen estudiante y tuvo una excelente formación literaria, habiendo sido discípulo predilecto (1) «del famoso Campa, quien dió al *Juanito* de su *Joven Robinsón* los rasgos morales del famoso adolescente». Era completamente de sangre alemana.

Un segundo matrimonio de su madre Cecilia Lutkens, produciéndole el consiguiente disgusto, motivó que él y su hermano Gtlieb se marcharan, primero a Inglaterra y poco después a España, estableciendo en Cádiz (1790) uña casa de comercio que prosperó. Ellos simpatizaron con la sociedad gaditana y allí conoció él a Francisca Xaviera Larrea y Aberán, hija de español e irlandesa, nacida en Cádiz, pero educada en Inglaterra.

Con ella se casó D. Juan Bohol en 1796, y aprovechando esta ocasión para hacer las paces con su madre, partió el matrimonio para Alemania, acompañado de la suegra, pues la buena irlandesa jamás consintió en separarse de su hija. Estuvieron ausentes de España hasta la primavera de 1797.

Fueron muy bien recibidos por la familia y en especial por el padrastro, que aunque entonces no, años más adelante, en 1806,

(1) *Fernán Caballero, la novelista novelable,* por Angélica Palma.—*Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX.*—Espasa Calpe.—Va fechado el libro en Niza.—Madrid, 1930.

prohijó a Juan Nicolás, por lo cual pudo añadir a su apellido el Bohol Faber y tener derecho a su escudo de armas.

El matrimonio, con la suegra irlandesa, había ido a vivir a la orilla del lago Leman, donde en el pueblo de Morgas, el día de Navidad, 25 de Diciembre de 1796, nació la niña que se llamaba Cecilia Bohol de Faber y Larrea, que había de pasar a la posteridad con el nombre glorioso de «Fernán Caballero».

En 1797 regresó a Cádiz el matrimonio y allí se afianzó su posición y su fortuna y aumentó la familia con las niñas Angela y Aurora y un niño llamado Juan.

En 1805 decidió Bohol radicarse en su país y en el mismo año marchó con toda la familia a Alemania y adquirió el dominio de Gorslon, en Sehewerin, ducado de Mecklemburgo.

Poco después, de común acuerdo Juan Nicolás y D.ª Francisca, decidieron separarse, quedándose él en Alemania con Cecilia y el pequeño y marchando ella a España con las otras dos niñas y yendo a vivir en Chiclana y en Cádiz.

De este tiempo son los *Fragmentos,* como tituló Frasquita lo contenido en el cuaderno autógrafo por cartas y opúsculos y a que D.ª Blanca de los Ríos llama *Miscelánea,* que posee el P. Fray Diego de Valencina.

No vamos a ocuparnos de detalles de la borrascosa época que entonces atravesó España, pero sí diremos que realizó Frasquita un viaje por Inglaterra y Alemania, a cuyo regreso, a fines de 1811, la familia Bohol se estableció en España. Regresaba, por tanto, Cecilia con una formación cultural alemana y entró en el mundo al ser presentada en sociedad en el baile ofrecido por Cádiz a Lord Wellington el año 12.

Los años 11 al 13 fueron de gran importancia para Frasquita Larrea, que en el segundo tuvo el sentimiento de perder a su madre.

Frasquita era bien conocida como escritora, firmando con el pseudónimo de *Corina.*

En nuestra Cecilia, durante estos años, sobre su formación alemana renacía su alma española. También su padre, Juan Nicolás, escribía odas patrióticas, como la *Oda a Palafox,* la *Oda a Zaragoza, protegida por la Virgen del Pilar,* y otras.

Por entonces, la vida de los esposos se identificó en parte y parece que colaboraron en trabajos literarios.

Veamos ahora los elementos que formaron la educación alemana de Cecilia. El padre le puso primero una institutriz belga católica, con la que se encariñó mucho, pero que murió cuando aun hubiera podido dirigirla algunos años.

Entonces, tras varias informaciones, el padre la puso en un «pensionado católico establecido en Hamburgo por una emigrada francesa que seguiría fielmente el método y las tradiciones de Saint Cir, de Madame Maintenon». Sólo se admitían veinticuatro alumnas. Allí se afirmó su catolicismo, sus ideas monárquicas de afección a los Borbones y las formas de la sociedad aristocrática francesa.

Con la educación que le había dado su padre adquirió la instrucción necesaria para poder emitir atinados juicios sobre el mérito literario de nuestros mejores clásicos. En cuanto al dominio de los idiomas, sólo adelantaremos que en 1839 escribió en alemán su cuadro de costumbres sevillanas *Sola,* el cual fué publicado en un periódico de Hamburgo. Más tarde se reimprimió en castellano en el *Semanario Pintoresco Español.*

Esta era la formación con la que, y sus bellísimos diecisiete años, llegó a Cádiz en 1813. Su padre entonces ya estaba convertido al catolicismo. Fué Cecilia ornato de la sociedad gaditana.

Por entonces también empezó a pretenderla un buen mozo, oficial de Guardias españolas, que era el marqués de Arco Hermoso.

Acaso por la timidez de éste se le adelantó otro oficial, «un capitán de Granaderos, buen mozo, valiente, tosco, calavera y rico, llamado Antonio Planells Bordaxsi», quien después de disputar y apostar con sus compañeros a que se declararía y sería admitido, lo hizo y ganó la apuesta. No sólo la ganó, sino que empleando para todo gran prisa inexplicable y todo género de facilidades familiares, quedaron casados en los primeros días de Abril de 1816.

Este matrimonio y sobre todo la precipitación con que se verificó, truncando los estudios de Cecilia que, entre otras cosas, tenía un profesor de español, pues cuando llegó a España hablaba, además del alemán, perfectamente el francés, pero el castellano lo conocía mal y además tenía una pronunciación malísima que horrorizó a la madre.

El marido estaba destinado a Puerto Rico por tres años, según se dice en una carta de Bohol de 6 de abril de 1816.

La explicación ha quedado oscura, pero la mayoría, con el Padre Coloma, echa la culpa a la madre, D.ª Frncisca, «por su novelería fantaseadora, su sequedad y su despegado egoísmo». ¿Tenía la madre celos de la belleza de la hija, mientras, como era natural, a ella le pesaban ya los años, y quería tenerla lejos para que no le hiciera sombra? ¿Había algo más de que Bohol, hombre tranquilo, nunca se dió cuenta? Ha quedado en el misterio. ¿Hubiera podido aclararlo el poeta D. José Joaquín Mora, cantor de predicación del apóstol gaditano, beato Diego José de Cádiz? Dejemos ya el asunto.

Embarcóse el matrimonio para Puerto Rico, donde pasaron dos años de vida conyugal que ella describe con sombríos colores en su obra *Clemencia.* El marido era un perdulario grosero que «no había salido casi de cuarteles y garitos» y la trataba «a la vez con la más insultante desconfianza y las más despóticas exigencias».

Por fortuna el capitán Planells falleció inesperadamente víctima de desconocido mal, «apoyada la cabeza en el pecho de su esposa, que al verlo tranquilo, sin contracciones ni quejas, lo creyó dormido y no muerto».

Interesa especialmente a nuestro objeto tomar nota de la carta de la escritora a Antoine de Latour, que publicó Morel Fatio en su hermoso estudio sobre «Fernán Caballero» como epistológrafa. A propósito de algunas alusiones a su vida íntima, intercaladas por Latour en un artículo encomiador de la novela *La Farisea,* le dice «Fernán». «Pero quiero reñir un poco con usted. ¿Por qué saca usted siempre mi persona, mezclando siempre un poco de acíbar en tan dulce miel? ¿Si yo he hecho (*et pour cause*) a mi heroína americana, para qué decir que yo he estado en América, y menos que no gusto de hablar de ello? ¿Me ha oído usted hablar de ninguna de las demás situaciones de mi vida? ¿He hablado nunca de Alemania ni de la opulenta y brillante casa de mi abuela, en que me crié como *enfant gaté,* con todas las delicias y mimos posibles? ¿He hablado de mi estada primera en Cádiz y el Puerto, donde fuí

enfant gaté del público? ¿He hablado de mi venida a Sevilla con un hombre ideal (su segundo marido), con el que fuí idealmente feliz y murió adorándome y bendiciéndome? No. Pues entonces, ¿qué extraño tiene que no hablase de una época que es la más interesante de mi vida? Es que porque, cual nadie, pienso como el que dijo: *le moi est odieux*. Y, no obstante, de ninguna época podía yo sacar más vanagloria; pero, para hacerlo, tendría que hablar mal de dos personas (lo que jamás he hecho ni haré).

El Capitán General de Puerto Rico y su señora recogieron a Cecilia, que estuvo bastante enferma de la impresión recibida, y la trajeron a España en 1818.

El marqués de Arco Hermoso renovó sus pretensiones apenas la vió libre; pero ella al pronto no tomó decisión alguna y partió para Alemania en Septiembre de 1820, donde su abuela, Cecilia Lutkens, la recibió con entusiasmo, y con ella viajó por las principales poblaciones alemanas; acaso quería proporcionarle allí una buena boda, pero la nieta, ya por amor a sus padres y a España, ya porque le pareciera mejor el pretendiente español que los que allí la solicitaban, emprendió el regreso a nuestro país y se casó con el marqués de Arco Hermoso en el Puerto de Santa María, el 26 de Marzo de 1823. La residencia la fijaron en Sevilla. Vivió una vida de sociedad de buen tono mientras duró el matrimonio, acaso la época más feliz de su vida.

Durante su matrimonio, Cecilia y su marido pasaron algunas temporadas en París; «ella enviaba a su madre sus impresiones, de las cuales se publicaron algunas muchos años después bajo el título de *Cartas de «Fernán Caballero»* a su mejor amiga. La primera, cronológicamente, es la que se refiere a su visita al cementerio del Père Lachaise.

«Los marqueses de Arco Hermoso llevaron en París la vida de los extranjeros ricos y cultos: visitas a museos, iglesias y palacios; excursiones a Chantilly, Versalles, Fontainebleau, Saint Claud y también a los alrededores próximos, bosque de Boulogne y Vincennes, etc. También conocimiento de personajes de valor histórico.

Hacia 1834 empezó a nublarse el horizonte para Cecilia, pues de ese año es una carta a su madre en que dice: «Por acá no hay novedad, sino estar Arco en cama, resfriado.» Este y otros frecuentes catarros, síntoma de otro mal, se acentuaron y en Mayo de 1835 falleció el marqués de Arco Hermoso.

El estado desolado de la viuda motivó el que la familia la convenciera para que accediera a los ruegos de su hermana Angela, casada con el general francés Chatry de la Fosse, y con el matrimonio hizo un viaje a la Gran Bretaña.

Al regreso se encontró con el alarmante estado de salud de su padre, que falleció en el Puerto de Santa María el 9 de Noviembre de 1836.

Las tres hermanas, Cecilia, Angela y Aurora, casada esta última con el opulento caballero inglés Tomás Osborne, se quedaron en el Puerto al lado de la madre.

No les faltaban de sus antiguos amigos fieles visitantes, pero había uno nuevo más asiduo que todos, un joven de veinte a veintitrés años, inteligente, simpático y apuesto, natural de Ronda, que se llamaba Antonio Arrom de Ayala. Este se prendó locamente de Cecilia, a pesar de la diferencia de edad, pues ella tenía aproximadamente dieciecho años más que él. Ella, tras algunas dudas y resistencia, se dejó convencer, y se casaron.

El marqués de Arco Hermoso había dejado a su viuda toda la parte libre de su capital, pero por cuestiones de delicadeza lo entregó a la familia del marqués, quedando en precaria situación.

Esta se agravó con los dispendios que causaban la salud de Arrom, que en vísperas del casamiento huibera podido ser calificado de pretuberculoso.

A los dos años de la muerte de Bohol falleció la viuda Frasquita Larrea.

Uno de los gastos ocasionados por la falta de salud de Arrom consistió en un viaje de ida y vuelta de Cádiz a Manila. Entonces se consideraba el estar en el mar un medio curativo de la tuberculosis. Parece que, por el momento, la larga navegación le sentó bien, pero apenas regresó volvió atrás. Mayor provecho le hicieron las temporadas que pasó en la sierra de Aracena.

Podemos considerar el viaje a Manila como el último de nuestra heroína.

El entusiasmo de Arrom por su mujer y por sus escritos tuvo

verdadera importancia, porque él fué constante predicador para convencerla de que debía publicarlos.

El matrimonio vivía con dificultades económicas y Arrom emprendió varios negocios que acabaron por arruinarlos del todo.

Entonces Cecilia, aprovechando las buenas relaciones que tenía, logró que le dieran un empleo, que consistió en el Consulado de España en Sidney, donde también llevaba negocios que le daban esperanzas de rehacer una fortuna. Ella se quedó en España a vivir en Sanlúcar de Barrameda. Arrom se embarcó para Australia.

En Sanlúcar conoció Cecilia a los duques de Montpensier, que la protegieron bastante.

Consiguió que en Sevilla le dieran casa en el Alcázar. También que a Arrom le subieran el sueldo a 50.000 reales. Volvió Arrom de Australia, después de terminar el contrato que tenía con un socio alemán, Rotman.

Tenía que volver a Australia y arreglar algunos asuntos en Londres para poder venir definitivamente a España. Con estos fines en Febrero de 1859 salió Arrom para Londres, donde encontró facilidades para arreglar los asuntos que allí tenía. En cambio, cuando arreglado lo de Londres iba a embarcarse para Australia, recibió la noticia de que el socio que tenía en Sidney (a quien no dudo en llamar canalla) había cargado un buque con todas las existencias que tenía y que constituían su fortuna, y se había marchado, dejando en cambio una porción de compromisos pendientes.

Esto alteró por completo la ya vacilante razón de Arrom de Ayala, que se suicidó de un tiro el 14 de Abril de 1859.

Con las tristezas y sinsabores que tantas desgracias le habían causado, pero honrada y justamente admirada de todos, vivió «Fernán Caballero» hasta el 7 de Abril de 1877.

CABOT AGASSIZ (Isabel).

Fué una escritora norteamericana, natural de Boston. En 1850 se casó con el célebre naturalista Prof. Luis Juan Rodolfo Agassiz. Este sabio, nacido en Moltier, cantón de Friburgo, en Suiza, después de tener una reputación muy grande y bien ganada, especialmente por sus estudios ictiológicos, y de haber desempeñado desde 1832 a 1846 una cátedra de Historia Natural, creada especialmente para él, en Neuhchatl, pasó a los Estados Unidos. Allí, tras el gran éxito que tuvieron sus lecciones en el Instituto Lowel, de Boston, le ofrecieron y aceptó la cátedra de Zoología y de Geología de la Escuela Científica agregada a la Universidad de Nueva Cambridge. En su orientación científica siguió siempre la escuela de Cuvier.

Isabel Cabot, entusiasta por la ciencia y por su marido, lo siguió en los viajes que emprendió con fines científicos. En 1865-66 realizó la expedición al Amazonas, cuya historia escribió. La relación de este viaje fué traducida al castellano y formó parte de una colección de viajes publicada (y bastante bien editada, en tamaño de pliego, con numerosos grabados en el texto) en el último cuarto del siglo XIX, pero sin que sepamos el editor. Este viaje tiene también un especial interés para España, porque durante él se encontró en el Amazonas Agassiz con la expedición de naturalistas españoles al Pacífico formada ya sólo por Martínez, Espada, Almagro e Isern y que se encontraba por cierto en situación bastante apurada a causa del abandono de nuestro Gobierno, habiendo sido auxiliada por la expedición norteamericana.

También con su marido tomó Isabel Cabot parte en 1871-72 en la expedición Hassler al Sur del Atlántico y al Pacífico.

Esta interesante viajera y escritora, ligada en todo a la historia de su marido, publicó las obras siguientes:

A frist lesson in Natural History (1859). *Life of Louis Agassiz* (1885), y *Seaside studies in Natural History*, esta última en colaboración con su hijastro, Alejandro Agassiz.

Después de muerto su marido siguió viviendo en Cambridge (Massachussets).

DAVID NEEL (Alejandra).—*A través de la China misteriosa.—Viaje a pie de la China a la India a través del Tibet.*—Traducción de Alendro Bon.—Joaquín Gil, editor.—Barcelona.—Obra ilustrada con 60 fotografías.—Ediciones y publicaciones Iberia.—Barcelona.—416 págs.

La autora no es muy explícita en dar noticias de su vida, y sólo en el capítulo previo «Al lector» dice algunas indicaciones, de las que se deduce que es persona que dedicó su vida entera al estudio de las lenguas y en general de todos los aspectos de la vida de los pueblos del Extremo Oriente. Dice, refiriéndose a sus trabajos y estudios: «La génesis de todos ellos estaría fuera de lugar de mencionarla en la introducción; mas, sin embargo, algunas explicaciones referentes a las causas que me impelieron a escoger mi singular disfraz (de mendiga tibetana) para dirigirme a Lassa son, a mi juico, necesarias.»

«Había residido en Asia cuando en 1910 obtuve de parte del ministro de Instrucción Pública una misión para volver de nuevo a la India.

»Al año siguiente, encontrándome en Madras, supe que el soberano del Tibet, el Dailama, había huído de su país, en aquel entonces sublevado contra China, y residía en el Himalaya.»

El Tibet no era para mí desconocido. Yo había sido alumna del profesor E. Foucaux, un sabio tibetólogo, en el Colegio de Francia, y poseía algunas nociones de literatura tibetana. Se comprenderá, pues, que yo no podía dejar escapar esta única ocasión que se me ofrecía de ver al Dailama y su corte.»

Era muy difícil que el Dailama recibiera a una mujer, pero logré tener cartas de presentación de altas personalidades del mundo budista. Estas cartas fueron traducidas al Dailama y le concedió la audiencia.

«Alrededor del monje soberano hallé una extraña corte de sacerdotes vestidos de sarga granate oscuro, satén amarillo y brocado de oro, que se entretenían refiriendo fantásticas historias y hablando de un país propio de cuentos de hadas. Y aun cuando al oírles deduje la parte que seguramente tenían de exageración oriental, comprendía por instinto que tras las montañas cubiertas de bosques que se alzaban ante mí y las lejanas cumbres níveas que apuntaban por encima de ellas, existía un país por completo diferente de los demás. Y no hce falta decir que el deseo de visitarlo se apoderó al punto de mí.»

«Fué en Junio de 1912 cuando, después de una larga estancia entre los tibetanos del Himalaya, lancé mi primera mirada sobre el Tibet propiamente dicho. La larga subida hacia los altos collados fué un encanto; después, repentinamente se me apareció la formidable inmensidad de las mesetas tibetanas, limitadas a lo lejos por una especie de espejismo esfumado que mostraba un caos de cimas de colores malva y anaranjado cubiertas de caperuzas níveas.»

«Sin embargo, el aspecto físico del Tibet no era la sola causa de la atracción que aquel país ejercía sobre mí. Me atraía también como orientalista.»

«Púseme a reunir los elementos de una biblioteca tibetana que deseaba constituir con obras originales de las que no figuraban en las dos copiosas colecciones del Tengyur y del Kagyur, formadas, como es sabido, por traducciones. Busqué asimismo todas las ocasiones posibles de conversar con los lamas letrados, con los místicos, con los adeptos tenidos por eminentes conocedores de las doctrinas esotéricas y de residir cerca de ellos.»

«Esas atrayentes investigaciones me movieron a penetrar en un mundo mil veces más extraño que el de las altas soledades del Tibet, el de los ascetas y magos cuya vida se desliza oculta en los repliegues de las montañas entre las nevadas cimas.»

Dice luego que hace años no había prohibición de entrar en el Tibet, pero que después las limitaciones y prohibiciones se han ido hacindo cada vez mayores; que las rutas a través del Himalaya, antes libres, estaban cuando escribía la autora (1912) prohibidas, y sigue diciendo:

Los turistas deseosos de visitar Sikkim deben antes obtener un un permiso en el que está escrito que el beneficiario de él *no está autorizado para penetrar ni en el Nepel ni en el Bután ni en el Tibet y que no visitará otro lugar, ni viajar, ni pretenderlo siquiera por otros caminos que por los indicados en su permiso.* Debe firmar además el compromiso de conformarse con estas condiciones.

«En cuanto a la frontera chinotibetana ha sido dejada libremente por los chinos, mas las regiones sustraídas recientemente a su vigilancia están asimismo prohibidas. Se deduce de esto que se ha hecho imposible poder avanzar por países que los viajeros podían recorrer a su gusto aun hace pocos años y en donde en

época no lejana todavía los mismos misioneros se habían establecido. Podría citar entre otros a mi erudito compatriota M. Bacot, que atravesó la provincia de Tsarong y visitó a Menkong en 1909; el capitán inglés Fkingdon Ward, que recorrió la misma región en 1911 y 1914, y al capitán (hoy día coronel) Bailey, también inglés, quien en 1911 levantó el plano de una parte del Tsarong. Mencionaré asimismo, de paso, que hacia 1860 la Sociedad de las Misiones extranjeras de París poseía propiedades en la provincia de Tsarong.»

Podrá ser interesante leer a este respecto los pormenores mencionados por otro inglés, Edmundo Candler, en su libro *The unsiling of Lhena,* que formó parte de la expedición inglesa a Lhassa en 1904.

El capitán Fkingdon Ward, en 1924 enviado por el Gobierno inglés o autorizado por él, volvió al Tibet, al país de Permakoitchen.

«Hace falta no olvidar que el Tibet no ha estado siempre cerrado a los extranjeros. Hasta fines del siglo XVIII tan sólo los obstáculos debidos a la configuración del país y a su climatología privaban el acceso a la capital.»

Los jesuítas y los capuchinos llegaron a Lhassa y residieron largamente en ella y hasta fueron animados a ello por el Gobierno tibetano.

Dice Caldar que el hermano Oderic de Portenone estuvo en Lhassa en 1325, pero la autenticidad de esto es muy dudosa.

Los primeros europeos que llegaron a Lhassa y han dejado una relación auténtica de su viaje fueron los PP. Guceber y d'Orville, que penetraron en el Tibet provenientes de China por la ruta de Sining y residieron en Lhassa dos meses.

«En 1715, dos jesuítas, los PP. Desideri y Freirem, llegaron a Lhassa. Desideri permaneció allí durante trece años. En 1719 llegó Horace de la Penna y la misión de los capuchinos, que erigieron una capilla y un hospicio y convirtieron a muchas personas. Los capuchinos de esa misión fueron al fin expulsados, pero sólo en 1740.»

El holandés Van der Putte fué el primer laico que penetró en la capital. Llegó a ella en 1720 y permaneció algunos años.

Desde entonces ya no poseemos ninguna relación referente a los

europeos que visitaron Lhassa hasta el viaje de Tomás Masapin en 1811; el primer inglés que fué a Lhassa, Mauning, llegó mezclado a la escolta de un general chino que encontrara en Fari-Dzong, lo que demuestra que pudo avanzar libremente hasta ese lugar, cosa que en 1912 era ya imposible. El general chino le facilitó ir con él porque le estaba reconocido por haber asistido como médico y quizá también por el interés de llevar un médico consigo. Permaneció un mes en la capital. Fué prevenido de que su vida estaba en peligro, y regresó por la misma ruta que había llevado.

«En 1846, los Padres lazaristas Huey y Gabet cierran la serie de viajeros que se dirigieron a Lhassa. Después de ellos, todos los exploradores se vieron obligados a retroceder en su camino. Sin embargo, antes de ser detenidos en su marcha, algunos de ellos pudieron llegar hasta muy cerca de la capital, junto a las orillas del Nam-tso-tchinno (lago Teugri), como lo lograron Bonvalot, con el príncipe Enrique de Orleans, y Dutreral de Rhins con Mr. Grenard en 1893. En la actualidad se ha hecho imposible a un extranjero viajar sin ocultarse por esos parajes.»

«Hacia 1901, después de la represión de los Boxers, fueron fijados en Lhassa numerosos edictos, mediante los cuales el gobernador chino declaraba abierto el Tibet a los extranjeros y ordenaba a los tibetanos que los acogieran bien. De hecho, a la hora actual, todas las porciones del territorio tibetano que continúan bajo la inspección de China son accesibles para los viajeros.»

Continúa luego la autora haciendo su historia, y dice: «Algunos años después de mis primeras excursiones a las llanuras del Tibet meridional visité al Tchi-lama en Jigatze. Este me recibió muy cordialmente y me animó a proseguir mis estudios tibetanos y para facilitármelos me ofreció darme hospitalidad en su vecindad.»

«Hubiera tenido entonces la oportunidad de visitar las bibliotecas y de efectuar mis búsquedas con la ayuda de lamas cultos. Era una ocasión única, mas no me dieron la posibilidad de aprovechar.»

«Con ocasión de mi visita al Tchi-lama, los habitantes de una aldea situada en los alrededores, a diecinueve kilómetros de una ermita en que yo vivía, fueron obligados a pagar inmediatamente al residente británico una multa de doscientas rupias por su negligencia en informarle de mi partida. El residente que les condenó no

se tomó el trabajo de considerar que tales gentes en manera alguna podían haber tenido noticia de mis movimientos, puesto que yo había partido de un monasterio situado en territorio tibetano, a tres o cuatro días de marcha de su aldea. Los montañeses se vengaron según su mentalidad de ignorantes salvajes y saquearon en parte mi domicilio. En vano me quejé. Se me negó toda justicia y se me requirió a que abandonara el país dentro de la quincena. Tales procedimientos, indignos de seres civilizados, despertaron en mí el deseo de vengarme, mas de un modo espiritual, de acuerdo con la gracia, con el ingenio de París, mi ciudad natal. Mas para ello era necesario que me tomara cierto tiempo antes de efectuarlo.»

«Algunos años más tarde yo viajaba por el Khan (Tibet oriental), cuando caí enferma, y decidí trasladarme a Bhatang, donde existe un hospital misionero dirigido por médicos ingleses y americanos. Bhatang es una ciudad tibetana importante, bajo la inspección china, como lo está Kantzé, cerca de la que me encontraba en tales momentos.»

«Habiendo conquistado hacía poco las tropas de Lhassa la parte del país que se encuentra entre aquellas dos poblaciones, había quedado vedada a los extranjeros.

Inesperadamente, el oficial tibetano que residía en el puesto fronterizo me preguntó si estaba ya provista de un permiso del cónsul inglés de Tatchienlu, población tibetana de importante comercio situada a la extremidad oriental del país de Kham y comprendida en la provincia de Szetchuam, de China.

El oficial llamaba al cónsul el *gran hombre* de Tateliendu y decía que sólo con ese permiso en la mno podría ir yo por donde quisiera en el Tibet; sin él, no le sería posible dejarme pasar la frontera.

Logré, sin embargo, continuar mi camino mientras el oficial despachaba un correo a fin de pedir órdenes a su jefe. Algunos días más tarde, yo era detenida por otro oficial, y de nuevo oí hablar del *grande hombre* de Tatchienlu, nuevo San Pedro poseedor de las llaves del *País de las nieves*.

Durante ese tiempo mi enfermedad se agravó. Expliqué mi caso a los tibetanos, mas aun cuando ellos me compadecían sinceramente, el temor al grande hombre no permitía a los aterrorizados funcionarios dar curso a su natural bondad, dejándome proseguir mi camino hacia el hospital. Hube de rendirme a la evidencia, mas me negué a retroceder sobre mis pasos, como pretendían, y declaré que puesto que me cerraban el camino de Bhatang, iría a Jakiyendo.

Jakiyendo es una pequeña población situada en la ruta de Lhassa, más allá de la zona conquistada, y sometida a la inspección china. No dudaba de que un paseo a través del territorio puesto nuevamente bajo la autoridad de Lhassa podría ser interesante en más de un punto de vista.»

«Dos épicas jornadas transcurrieron parlamentando. Los oficiales moraban en una tienda ante la cual ondeaba la bandera tibetana; carmesí con un león bordado. Alrededor de ellos acampaba una escolta de soldados, entre los que había dos músicos *armados* de trompetas tibetanas. Mis gentes y yo, sin banderas ni trompetas, ocupábamos dos tiendas levantadas a alguna distancia de las que ocupaban los tibetanos. Infortundos *dokpas* (o sea pastores nómadas), a quienes su mala suerte había hecho residir en aquellos lugares, pagaban en carneros, leche, manteca y quesos su localidad para presenciar la comedia que allí se representaba. Ellos nutrían a los actores. Tal es la costumbre del Tibet. Los discursos sucedían a los discursos en la decoración romántica y apacible al antiguo reino de Dirgi y cuando los oradores, cómicos extenuados, se veían obligados a callar, comían.

Por fin, cuando claramente vieron que, a menos de matarme, no me impedirían dirigirme a Jakiyendo, se resignaron.

Mis esperanzas se realizaron plenamente; mi paseo por esta región estuvo lleno de interés y, en consecuencia, bendije la aventura que me había lanzado hacia Jakiyendo, porque mi estancia en tal lugar me procuró la ocasión de efectuar una nueva serie de viajes maravillosos.»

«Durante mi permanencia en Jakiyendo llegó allí un danés procedente de Tchang Nagtchukha, donde le habían cerrado el paso cuando se dirigía a Lhassa. No pudiendo lograr el fin que se había propuesto, el viajero deseaba volver lo más pronto posible a Shanghai, donde le llamaban sus negocios. El camino directo era precisamente aquel sobre que yo había batallado el verano precedente, y mucho antes de que llegara a atisbar la zona prohibida, los soldados

que habían sido apostados allí para vigilarla le obligaron a volver sobre sus pasos. El pobre explorador explicó en vano que había renunciado a penetrar en el interior del Tibet y que tan sólo deseaba marchar en dirección opuesta, pasar sobre el camino directo para regresar a China; no se le escuchó. Le fué, pues, forzoso tomar una carretera que le llevaba hacia el Norte, a través de desiertos jalonados por bandas de bandidos, y hubo de organizar una caravana que transportara víveres y bagajes, ya que el trayecto duraría un mes. Al cabo de este tiempo, alejado considerablemente de su destino, se encontró de nuevo en Sining, en el Kausí, de donde había partido muchos meses antes creyendo poder llegar a Lhassa. Desde allí tardó aún cerca de dos meses para llegar a Sanghai. En cambio, el itinerario directo que se le había impedido seguir le hubiera permitido viajar en litera (silla de mano), dormir en una posada tras cada etapa y ahorrarse más de la mitad de la duración de su viaje.

Hechos de tal naturaleza son una verdadera provocación dirigida a los viajeros, de los que yo nó podía ser testigo con indiferencia, y resolví, puesto que, como el viajero danés, me encontraba encerrada entre los muros de Jakiyendo, no remontarme hacia el Norte, sino procurarme un paso a través del país prohibido hasta las orillas del Salven y visitar los valles cálidos: Tsarona y Tsawarong.

¿Me dirigiría de allí a Lhassa? Era posible, mas no seguro; en aquellos momentos nada preciso había decidido.

Abandoné Jakiyendo acompañada sólo por un doméstico. La mayoría de los collados estaban todavía cerrados y nuestra marcha a través de las nieves nos prometía el drama. Mi sirviente y yo habíamos ya vencido los obstáculos materiales rebasando el puesto fronterizo bajo las mismas ventanas del funcionario encargado de su custodia, y nos acercábamos a Salven, cuando fuimos detenidos.

No es que hubiéramos sido reconocidos; la causa de mi fracaso venía de otro lado. Yo había creído que en un viaje de tal clase, durante el que había que recorrer un país casi desconocido para mí, sería conveniente, aparte de mis averiguaciones, rebuscar documentos que tuvieran interés para otros.»

«Mi hijo adoptivo, el lama Yougden, me seguía a algunos días de marcha en compañía de un doméstico y traía consigo siete mu-

las. Debíamos reunirnos algo más lejos. En los sacos que él transportaba se encontraban aparatos fotográficos, algunos instrumentos, papel para un herbario, etc. Tales cosas atrajeron la atención del funcionario que examinó los bagajes, y como conocía mi presencia en Jakiyendo, no dudó de que me encontraba por aquellos alrededores. En consecuencia, impidió el paso de mi pequeña caravana y lanzó en mi busca soldados en todas direcciones; estos me encontraron, y así acabó la aventura.

Era el fin, pero sólo por esta vez, porque yo estaba lejos de considerarme vencida. Tengo por principio no aceptar jamás como definitiva una derrota, cualquiera que sea su naturaleza y sea quien sea el que me la inflinja.

Y fué, puede decirse entonces, cuando la idea de ir a Lhassa, un poco indecisa hasta aquel momento, se convirtió en mí en una decisión firmemente concebida. Ninguna revancha sobrepasaría aquélla; la deseaba, y la obtendría a cualquier precio, y me hice juramento frente al puesto fronterizo adonde me habían conducido.

El deseo de vengar mi propia derrota no era lo único que me proponía. Yo deseaba ante todo atraer la atención sobre el fenómeno singular en nuestra época de territorios vueltos a considerar prohibidos.

Ya no se trataba sólo de Lhassa. La inmensa barrera que contra las comunicaciones en Asia se extiende aproximadamente entre los 78 y los 99 grados de longitud y del 27 al 30 de latitud. (Seguramente se refiere la autora a grados de latitud Norte y de longitud al Este de París, según costumbre francesa.)

Si yo hubiera hablado de esto inmediatamente después de mis diferentes fracasos, alguien hubiera podido creer que el despecho me movía a hacerlo. Era, pues, preciso lograr el éxito ante todo, llegar a la misma Lhassa y suprimir así todo interés personal en la cuestión. Eso es lo que he hecho.»

Hace la autora luego la afirmación de su amistad a los ingleses, a los que ha tratado mucho de joven cuando pasaba sus vacaciones en el condado de Kent, y también dice que sus amistades entre ellos se aumentaron tratándolos en Oriente; todo lo cual no es óbice para que proteste de la conducta del gobernador inglés en el Tibet, y afirma que la conducta que siguen los gobernadores dista

mucho siempre de presentar el lado mejor del carácter de los ciudadanos.

Hace luego algunas consideraciones lingüísticas y termina la introducción diciendo que como, dado su disfraz, no podía llevar un aparato fotográfico, proceden las láminas del libro de las que había tomado en sus excursiones anteriores, y en cuanto a las de Lhassa y sus alrededores, se las habían proporcionado fotógrafos indígenas, y añade que no faltan en el Tibet fotógrafos profesionales y de afición.

En Lhassa, ella y su hijo adoptivo renunciaron al disfraz de mendigos y adoptaron un traje correspondiente a personas de mejor, aunque modesta posición.

Al empezar el capítulo primero, hablando de su marcha, dice que es la quinta vez que intenta entrar en la zona prohibida del «País de las Nieves», y bien diferentes en su aspecto han sido esas partidas escalonadas en el transcurso de diez años: «Algunas de ellas han sido hechas alegremente, acompañadas por las risas de los servidores, el sonido ruidoso de los cascabeles pendientes del cuello de las mulas, entre la agitación algo brutal, mas llena de buen humor y alegre alboroto a que tan aficionados son los pueblos del Asia central. Otra fué grave, casi solemne, vestida con ostentoso traje lamista de púrpura oscura y brocado de oro; bendecía a los aldeanos, a los *dokpas* (que significa «gente de las soledades», pastores que viven en tiendas de campaña) reunidos una vez más para saludar a la *kandoma* (significa paseante a través del espacio, especie de hada que se aparece bajo el aspecto de una mujer anciana a que los tibetanos llaman madre) extranjera.»

«Un día me alejé en medio de una dramática hechicería, episodio promovido por un hucarán que se desencadenó súbitamente en el momento de ponerme en camino.»

«Dos veces partí secretamente con los primeros fulgores del día, dirigiendo mi pequeña caravana a la vez de las inmensas soledades tibetanas. Esta quinta vez lo hacía cuando el cálido sol de otoño chino brillaba en el bello cielo azul oscuro.»

A lo dicho de que tomamos de la autora los datos que proporciona de su vida e intentos anteriores, añadiremos solamente algunas indicaciones sobre los capítulos del libro.

I. Partida de Inhan. En este capítulo cambian la autora y Yongden de traje y personalidad y logran por fin pasar la frontera del país prohibido, a 5.414 metros sobre el nivel del mar.

II. En él, como en el anterior y posteriores, siempre sigue la ansiedad de ser descubierto el incógnito. El monasterio de Pado.

III. Empieza por dar cuenta del paso del collado de Ka'. La ciencia de Yogden, como ya había hecho en el capítulo anterior, ayuda a salvar situaciones difíciles. El monasterio de Dayul. Fuentes termanes. Accidente que pudo ser mortal para la autora al pasar el río Jelau.

IV. Continúa la ansiedad de ser descubiertos. Hospitalidad. El collado y el monasterio de Sepokang. Bandidos.

V. Las rutas desde Tachi-tsé al país de Po. Región inexplorada. Inquietudes y peligros. Intervenciones de Yogden.

VI. Subida al collado de Aigui. Caída y enfermedad de Yogden. Hambre y frío. La política del Tibet.

VII. El monasterio de Lung Dzong. Peregrinos. Bandidos. Peligros grandes y varios.

VIII. Mixtificación que aterroriza a siete malhechores. Logró trasponer el paso de Tongyluk. Paso del collado de Tamo. Algo de historia contemporánea del Tibet.

IX. A la vista de Lhassa. Descripción y detalles.

No hemos hecho más que indicaciones sobre el contenido de los nueve capítulos, pero creemos que merece copiarse el Epílogo por las indicaciones que trae sobre los viajes posteriores de la autora.

Epílogo: «Dejé a Lhassa tan tranquilamente como a ella llegué, sin que nadie se hubiera dado cuenta de que una extranjera había vivido allí a la luz del día durante dos meses.

Pero faltaba aún mucho para que mi viaje pudiera creerse terminado. De nuevo volví a las orillas del Brahmaputra y emprendí una serie de peregrinaciones. Entre los lugares interesantes que visité está el monasterio de Samyé, motivo de innumerables leyendas y residencia de uno de los grandes oráculos del Tibet. Pude ver en él la sellada puerta del departamento que, según se dice, presencia los macabros pasatiempos de demonios que sólo se alimentan con «soplos vitales» recientemente exhalados por los moribundos.

Recorrí también la provincia de Yanlung, sus múltiples lugares

de peregrinación y otros muchos parajes. La relación de ese viaje suplementario daría fácilmente materia para un nuevo libro.

Al fin, una noche llegué a Gyantzé.

Gyantzé es la tercera ciudad del Tibet, por orden de importancia, y está situada en la carretera que va desde la India a Lhassa. Los ingleses han establecido allí un puesto avanzado.

Cuando me presenté en el *bungalou* pidiendo hospitalidad, el primer europeo que me recibió quedó mudo de estupefacción al oír hablar inglés a una tibetana.

Como todas las habitaciones de la casa se hallaban ocupadas, me dirigí al fuerte. Con este nombre un tanto pomposo se designa un recinto fortificado donde moran: el agente comercial que secunda al encargado de asuntos políticos, que reside habitualmente en Sikin, al lado opuesto de la frontera; algunos oficiales, uno de ellos médico, y una pequeña guarnición de soldados hindúes.

Allí se hallan también la Oficina de Correos y Telégrafos, un médico indígena y otros servicios.

Mi llegada al fuerte fué acogida con igual asombro que en el bungalou.

Cuando relaté que llegaba de China a pie, que había viajado durante ocho meses por el Tibet, atravesando regiones inexploradas y residiendo dos meses en Lhassa, nadie supo de momento hallar palabra con que responderme. Literalmente nadie creía lo que veían sus ojos.

Para mí fué muy agradable encontrar en aquella minúscula colonia inglesa una jovencita, la graciosísima hija del agente comercial. A ella, como a los «gentlemen» residentes en Gyantzé, les reservo el más reconocido agradecimiento y mi más agradable recuerdo por la calurosa y cordial hospitalidad que recibí mientras estuve con ellos.

Me restaba aún recorrer el largo trayecto desde Gyantzé a la frontera indo-tibetana, a través de altos collados y áridas llanuras barridas por un viento glacial; pero la aventura estaba terminada.

Y sola en mi habitación antes de quedarme dormida, grité para mí sola: ¡Lhagialo! ¡Los dioses han triunfado!»

ERAUSO (D.ª CATALINA DE) (1). «La Monja Alférez».

Tomamos estas notas de la edición que citamos al pie, pero en ellas se hace referencia a las otras publicaciones que se hicieron de las Memorias de Doña Catalina. Estas Memorias, según declara, las comenzó a escribir el 18 de Septiembre de 1624, cuando volvía a entrar en España en el galeón «San José», acaso para entretener los largos días de la travesía.

Toda la obra está formada de declaraciones personalísimas, con inconfundibles caracteres de ser vividas.

De Doña Catalina hay un retrato al óleo por el pintor sevillano Pacheco. También en Italia la retrató Francisco Crescentio.

De esto y para darse cuenta de cómo era, creemos de interés tomar el siguiente párrafo de la carta, fechada en Roma en 11 de Julio de 1626, del viajero Pedro del Valle, *El Peregrino*, escrita a su amigo Mario Schipano. Dice así: «El 5 de Junio vino por primera vez a mi casa el alférez Catalina Erauso, vizcaína, arribada de España la víspera. Es una doncella de unos treinta y cinco a cuarenta años. Su fama se había llegado hasta mí en la India Oriental. Fué mi amigo, el P. Rodrigo de San Miguel, su compatriota, quien me la condujo. Yo la he puesto en relación con muchas damas y caballeros, cuya conversación es lo que más le agrada. Francisco Crescencio, buen pintor, la ha retratado. Alta y recia de talle, de apariencia más bien masculina, no tiene más pecho que una niña. Me dijo que había empleado no sé qué remedio para hacerlo desaparecer. Fué, creo, un emplasto que le suministró un italiano: el efecto fué doloroso, pero muy a deseo. Su cara no es muy fea, pero bastante ajada por los años. Su aspecto es más bien de un eunuco que de una mujer. Viste de hombre a la española; lleva la espada tan bravamente como la vida, y la cabeza un poco baja y metida en los hombros, que son demasiado

(1) *Historia de la Monja Alférez* (Doña Catalina de Erauso), escrita por ella misma e ilustrada con notas y documentos por D. Joaquín María de Ferrer, prólogo de D. José María de Heredia, de la Academia Francesa.—Biblioteca de El Sol.—Tipografía Renovación.—Larra, 8.—Madrid. 1919.

altos. En suma, más tiene el aspecto bizarro de un soldado que de un cortesano galante. Unicamente su mano podría hacer dudar de su sexo, porque es llena y carnosa, aunque robusta y fuerte, y el ademán, todavía algunas veces tiene un no sé qué de feminismo.»

Según declara en su relato, nació en San Sebastián de Guipúzcoa en 1585, siendo hija del capitán D. Miguel de Erauso y de Doña María Pérez de Garralaga y Arce. A los cuatro años la metieron en el convento de monjas dominicas de San Sebastián el Antiguo, de que era priora su tía Doña Ursula de Urzá y Sarasti. Allí se crió y educó hasta los quince años, en que se trató de su profesión.

Cuando ya faltaba poco para terminar el año de noviciado, tuvo una cuestión con una monja profesa llamada Doña Catalina Aliri, que había entrado siendo viuda, y ésta, que era robusta, le pegó. Esto afectó mucho a aquel carácter, poco propio para la vida de convento. En la noche del 18 de Marzo de 1600 se levantaron a las doce a maitines; entró en el claustro, hallando a su tía arrodillada, que la llamó, y dándole la llave de su celda le mandó que fuera y le trajera el breviario que se le había olvidado. Como en la celda viera que estaban las llaves del convento colgadas de un clavo, al salir se dejó la celda abierta, dió el breviario a su tía y a poco le pidió permiso para salir porque se había puesto mala. La tía le dijo que podía irse a acostar. Ella entonces volvió a la celda, cogió las llaves, una aguja, unas tijeras e hilo y algunas monedas y salió abriendo puertas que iba dejando encajadas, y, dejando en la última el escapulario, salió a la calle, donde se encontró completamente desorientada.

Salió andando sin saber por dónde y fué a dar en un castañar próximo a la ciudad, a espaldas del convento. Estuvo allí escondida tres días, durante los cuales se hizo un traje masculino con la tela de paño azul de la basquiña que tenía puesta y de un faldellín verde de perpetuan que traía debajo. Dejó el hábito allí y se cortó el pelo y lo tiró. Acaso el estar tan cerca fué la causa de que a nadie se le ocurriera buscarla en el castañar.

Ataviada de hombre y sin alimentarse en una porción de días más que de hierbas, salió sin rumbo, y andando a la ventura llegó a Vitoria, donde entró a servir en casa del doctor D. Francisco

Carralta, donde como criado estuvo tres meses, pero al ver que sabía algo de latín quiso darle estudios; ella se negó y él acabó por pegarle y ella decidió marcharse, le cogió los cuartos que pudo y ajustándose en doce reales con un arriero partió para Valladolid, donde estaba la Corte, y entró de paje en casa de D. Juan Idiaques, secretario del rey.

Estuvo allí siete meses y a poco se frustra su aventurera carrera, porque una noche estando en la puerta de la casa con otro paje vió llegar a su padre, que por fortuna no la conoció. Ella pudo enterarse de que andaba buscándola, y sin esperar a más, fué a su cuarto, cogió su ropa y ocho doblones que tenía y se fué a un mesón, donde al saber que un arriero salía a la mañana siguiente para Bilbao, se ajustó con él, y dice: «Partimos al otro día, sin saberme yo qué hacer ni adónde ir, sino dejarme llevar del viento como una pluma.»

En Bilbao, por una cuestión con unos muchachos, dió a uno una pedrada, hiriéndole, y la prendieron, pasando un mes en la cárcel, de donde cuando sanó el herido la soltaron. Pasó a Estella, donde estuvo dos años de paje, y un día se marchó, teniendo el atrevimiento de ir a San Sebastián y oír misa en su mismo convento, en cuya iglesia la oyó también su madre, que la miró pero no la conoció. Esto dice pasó en 1603.

De San Sebastián fué al puerto de Pasajes y se embarcó para Sanlúcar, pagando cuarenta reales por el pasaje.

De Sanlúcar pasó a ver Sevilla, donde sólo estuvo dos días, volviendo a Sanlúcar, donde como grumete de un galeón del capitán Esteban Eguiño, en la armada de D. Luis Fajardo, en 1603, partió para la Punta de Araya, saliendo de Sanlúcar el lunes Santo de 1603.

Estas primeras andanzas americanas la llevaron de Punta de Araya a Cartagena de Indias, Nombre de Dios y Panamá, de donde la flota iba a partir para España. Para evitarlo logró escaparse a tierra cuando iban a partir, llevándose quinientos pesos que robó al capitán Eguiño, con quien estaba de paje, habiendo dejado la plaza de grumete. Siempre de paje estuvo en Panamá entre unos y otros cerca de seis meses, y acomodada con un mercader de Trujillo, Juan de Urquiza, partió con él en una fragata y fueron al puerto de Mauta, de donde en un galeón del rey pasaron a Paita.

Allí tenía su amo un gran cargamento y dejó a Catalina con el encargo de enviárselo a Saña, como lo hizo, yendo ella con el último envío.

En Saña quedó encargada de la tienda que allí tenía el amo; pero estando en el teatro tuvo una cuestión con uno y le dió un corte en la cara y prendieron a nuestra heroína; se pudo acoger a sagrado, arreglando su amo por fin el asunto y logrando el pasar a Trujillo y de allí, después de matar a un hombre, a Lima.

En Lima, hallándose desacomodada, sentó plaza de soldado en una compañía de seis que se levantaban para Chile.

Desembarcó en el puerto de la Concepción y pasó luego a Paicabi. Estuvo en la batalla de Valdivia, donde ganó una bandera. En Chile estaba un hermano suyo que fué de los que le ayudaron a curar las heridas que traía de la batalla. De aquel acto heroico fué hecha alférez de la Compañía de Alonso Moreno. Fué alférez cinco años. Hizo, hiriéndola, una campaña en el valle de Puren y luego volvió a la Concepción. Allí, por cuestiones de juego, tuvo una reyerta y desafíos en que murió su hermano el capitán Miguel de Erauso; en cuanto al alférez Erauso, se acogió al convento de San Francisco. Estuvo allí refugiada en sagrado ocho meses, y de allí, con la protección de D. Juan Ponce de León, que le dió caballo y armas, logró partir para Valdivia y Tucumán.

De Tucumán pasó a Potosí, donde fué nombrada ayudante de sargento mayor y desempeñó el cargo dos años. Luego se alistó para ir a campaña al territorio de los Chuncos y el Dorado. La persecución que hicieron de los indios quedó detenida al pasar el río Dorado, porque el gobernador los mandó retirar. Muchos soldados, entre ellos Catalina, pidieron al gobernador permiso para conquistar aquella tierra, y como él lo negara, nuestra heroína, con otros muchos, desertó, pasando a Santiago (acaso Santiago, pueblo de la provincia de Chiquitos) y de allí a Charcas. Sigue relatando aventuras, de las que es rara la que no se ocupa de actos de fuerza y violencia.

Estuvo en la Plata (del Perú), en Pizcobamba (probablemente Poubamba), capital de la provincia de este nombre; después en Cochabamba, y volvió a la Plata, yendo luego a la ciudad de La Paz. Allí mató a uno y estuvo sentenciada a muerte, pero logró

acogerse a sagrado, y más tarde la protegieron, marchando a Cuzco y luego a Lima, saliendo a campaña contra los holandeses. Luego vuelve a Cuzco, de donde partió para Guamanga, pasando por el puente de Anaguailes y Guancavelica.

Aquí, uno de los lances de espada, que eran casi diarios, la llevó a ser detenida y a la vez protegida por el obispo en persona, y esto motivó el que ella, arrodillándose ante él, le declarara que era mujer y a qué familia pertenecía. Para comprobar su aserto, la hizo reconocer por dos matronas, que certificaron su virginidad. El obispo la hizo entrar en el convento de monjas de Santa Clara, de Guamanga, poniéndole el hábito y siendo muy bien recibida por la comunidad.

Murió el obispo en 1620.

El metropolitano de Lima, que era D. Bartolomé Lobo Guerrero, dispuso que la llevaran a Lima, donde la fama la había precedido y la gente se apiñaba para ver a la Monja Alférez. Alojada en el palacio arzobispal por el momento, el arzobispo le dijo que eligiera convento, y habiendo pedido ella verlos todos, se lo concedió, decidiéndose por el de Comendadoras de San Bernardo.

Estuvo allí dos años y cinco meses, tiempo que tardaron en llegar desde España los antecedentes que se habían pedido sobre quién era Doña Catalina. Como no era monja profesa, logró que la permitieran regresar a España. Pasó de Lima a Guamanga, donde se despidió de las monjas de Santa Clara; pasó a Santa Fe de Bogotá, donde el arzobispo le propuso que se quedara en un convento, pero ella insistió en el propósito de regresar a la península, y no le puso dificultades.

Por el río Magdalena pasó a Zaragoza, donde cayó enferma y estuvo a la muerte. Un médico le aconsejó que se marchara en cuanto mejoró algo, y descendiendo el Magdalena pasó a Cartagena de Indias, hasta que se repuso del todo, y de allí, embarcada en 1624 en la flota que mandaba el general Tomás de Larraspuri, emprendió el viaje, pero como en una cuestión de juego hirió a uno, la cambiaron de buque. Por fin llegó a Cádiz en primero de Noviembre de 1624.

De Cádiz pasó a Sevilla, Madrid y Pamplona, proponiéndose ir a Roma, pero pasando de Francia al Piamonte la detuvieron en Turín

por espía, obligándola a volver atrás, pero habiéndole quitado cuanto llevaba.

Con mil dificultades regresó; volvió a Madrid, presentó un memorial al rey pidiendo merced por sus servicios y le concedieron, previo informe del Consejo de Indias, ochocientos escudos de renta vitalicia.

Insistiendo en el propósito de ir a Roma salió de Madrid para Barcelona, estuvo en Lérida y luego, al ir camino de Barcelona, estando cerca de Valpuche, unos bandidos asaltaron a ella y a otros viajeros y los despojaron de cuanto llevaban, incluso la ropa, y gracias que consiguieron que les dejaran los documentos; en ese estado entró en Barcelona el Sábado Santo de 1626.

Sabiendo que el rey estaba en Barcelona y a su servicio el marqués de Montes Claros, a quien había conocido en Madrid, logró verlo y le proporcionó una audiencia del rey, que la recibió bien y la socorrió.

De Barcelona, embarcada en la galera «San Martín», fué a Génova, donde estuvo quince días. Pasó a Roma y obtuvo una audiencia del Papa Urbano VIII, a quien expuso su historia, y le concedió licencia para proseguir vestida de hombre. En Roma fué muy atendida y obsequiada.

De Roma pasó a Nápoles, donde termina el cuaderno autobiográfico que ella redactó y termina en Julio de 1616.

Los datos posteriores son que en Julio de 1630 estaba en Sevilla.

En 1645, habiendo pasado a Indias otra vez, estaba en Veracruz, y con unas recuas de mulos y con unos negros, conducía ropa a diferentes partes.

Había llegado á Méjico cuando gobernaba Nueva España el marqués de Cerralbo.

Siguió ya el resto de su vida en el negocio de arriería, y en el camino de Veracruz enfermó y murió en 1650.

GODIN (*née* Grandmaison, Madame).

Era natural de Riobamba, 40 leguas al Sur de Quito, en el virreinato del Perú. Se trataba de una familia francesa allí establecida, y durante los años que permaneció en el país la expedición encargada

de medir el arco de meridiano, Mr. Godin contrajo matrimonio con la señorita Grandmaison.

La expedición científica había partido de La Rochela en el mes de Mayo de 1735.

Las peripecias de la expedición fueron muchas y las de sus miembros también después de terminada ésta. Así Godin pasó a prestar sus servicios a España, donde fué director de la Academia de Guardias Marinas de Cádiz.

Al partir de Quito Mr. de la Condamine en 1742, para regresar descendiendo el Amazonas, Godin se despidió de él diciéndole que poco después pensaba marchar para su regreso por el mismo camino.

En efecto, La Condamine anunció en las misiones y lugares por donde pasaba que pronto le seguiría uno de sus compañeros.

Este regreso se demoró una porción de años y al realizarse fué acompañado de la terrible aventura de Mm. Godin, que constituye uno de los viajes más trágicos que registra la historia.

De él ha quedado noticia fidedigna en la carta que Mr. Godin des Odonais dirigió a Mr. de la Condamine, fechada en Saint Amad (Berry), en 28 de Julio de 1773, a poco de desembarcar en La Rochela Godin con su esposa en 26 de Junio de 1773, más de treinta años después.

El porqué se hizo el viaje por el Amazonas y por qué no fué junto el matrimonio, lo explica Godin en la carta cuando dice: «deseaba mi esposa ardientemente volver a Francia, pero sus frecuentes embarazos no me consintieron exponerla durante los primeros años a un viaje tan largo. Hacia fines de 1748 recibí la noticia de la muerte de mi padre, y viendo que era imposible poner en orden los asuntos de familia, resolví trasladarme a Cayena solo, descendiendo por el río, disponiéndolo todo para que mi mujer siguiese cómodamente el mismo camino. En Marzo de 1749 partí de la provincia de Quito, dejando a mi esposa embarazada. Llegué a Cayena en Abril de 1750.»

No intentaremos seguir los detalles de las muchas peripecias, entorpecimientos y aun traiciones que dificultaron el viaje de madame Godin, hasta que logró su esposo que un buque ofrecido por el Gobierno portugués subiera el río para recogerla.

Como dijimos, al partir Mr. Godin quedó su esposa embarazada, naciendo una hija que murió a los dieciocho o diecinueve años en Riobamba, de viruela, dieciocho meses antes de la salida de su madre para Europa.

Acompañaban a Mm. Godin sus dos hermanos, uno religioso Agustino, que iba a Roma, y el otro que iba a España para asuntos particulares. También se les incorporó un pretendido médico francés que andaba por el Perú y que con sus insistencias logró ser admitido y luego se portó bastante mal. El hermano seglar llevaba consigo a un hijo de nueve o diez años que pensaba educar en Francia.

El padre de Mme. Godin, M. de Grandmaison, tomó la delantera para preparar el viaje de su hija hasta el lugar del embarque. Lo mejor para darnos cuenta de esta expedición de mil leguas desde Riobamba a la Guayana será seguir la carta de Mr. Godin a Mr. de la Condamine dando cuenta del asunto: «Salió de Riobamba, lugar de su residencia, con su escolta el 1.° de Octubre de 1769. Llegaron a Canelos, lugar del embarco, en el riachuelo de Bobonaza, que afluye al Pestaza y éste en el Amazonas. M. de Grandmaison, que les precedió casi un mes, encontró la aldea de los Canelos despoblada de sus vecinos y se embarcó en seguida para continuar su camino y preparar las tripulaciones en todos los sitios por donde debía de pasar su hija a su llegada. Como sabía que iba acompañada de sus hermanos, de un médico, de su negro y de tres criadas mulatas o indias, continuó el viaje hasta las misiones portuguesas. En este intervalo una epidemia de viruela, enfermedad que los europeos han llevado a América, más funesta a los indios que en Oriente lo es la peste, que no conocen, había hecho emigrar a todos los habitantes de la aldea de Canelos, que vieron morir a los primeros atacados del mal, y los otros se dispersaron por los bosques lejanos, en donde cada uno de ellos tenía su *abati,* especie de casa de campo. Mi mujer había salido con una escolta de treinta y un indios para transportarla a ella y su bagaje. Sabéis que este camino es el mismo que siguió D. Pedro Maldonado, que también salió de Riobamba para llegar a La Laguna, en donde le habíais citado; digo, pues, que este camino no es transitable ni aun para las mulas; las personas que pueden caminar lo hacen a pie y las demás se hacen transportar. Los indios que Mme. Godin llevaba consigo, y a los que se había pagado por anticipado, siguiendo la mala costumbre del país, originada por la desconfianza, a veces muy fundada, de estos desdichados, apenas llegaron a Canelos volvieron sobre sus pasos, ya por el temor del contagio, ya por miedo a que se les obligara a embarcarse, pues nunca habían visto una canoa sino de lejos. No es preciso buscar mejores razones para explicar su deserción; sabéis, señor, cuántas veces nos abandonaron en las montañas durante el curso de nuestras operaciones sin el menor pretexto. ¿Qué resolución podía tomar mi mujer en estas circunstancias? Aun cuando le hubiese sido posible retroceder, el deseo de llegar al barco dispuesto para recibirla de orden de dos soberanos, y el de volver a ver a su esposo después de veinte años de ausencia, la hicieron desafiar todos los obstáculos en el extremo a que se veía reducida.»

«No quedaban en la aldea más que dos indios indemnes del contagio, los cuales no tenían canoa. Prometieron hacer una y conducirlos a la misión de Antoas, casi doce jornadas más allá río Bobonaza abajo, distancia que puede calcularse en 140-150 leguas; les pagó por adelantado; acabada la canoa, salen todos de Canelos, navegan dos días, se detienen para pasar la noche. A la mañana siguiente habían desaparecido los dos indios; la infortunada cuadrilla volvió a embarcarse sin guías, pasándose la primera jornada sin accidente. Al día siguiente, cerca del mediodía, hallaron una canoa amarrada cerca de un puertecito próximo a un *carbot* (o rancho); encuentran un indio convaleciente, que consintió en ir con ellos para manejar el timón.

El tercer día, queriendo coger el sombrero del señor R..., que había caído al agua, cayóse el indio también; no tuvo fuerzas para ganar la orilla y se ahogó. He aquí la canoa desprovista de timón y dirigida por personas que ignoraban la menor maniobra; pronto se inundó, lo cual les obligó a tomar tierra y construir un carbot o cabaña. No estaban más que a cinco o seis jornadas de Andoas. El señor R... se ofreció a ir allí y partió con otro francés de su compañía y con el fiel negro de Mme. Godin, que se les cedió para que los ayudase; tuvo buen cuidado el señor R... de llevarse sus efectos. He reprobado después a mi esposa el que no hu-

biera enviado también a uno de sus hermanos con el señor R... a pedir socorro a Andoas, mas me ha respondido que ni el uno ni el otro quisieron volver a embarcar después del accidente que les había acontecido. Al partir el señor R... había prometido a madame Godin y a sus hermanos que antes de quince días recibirían una canoa e indios.

En vez de quince esperaron veinticinco, y habiendo perdido la esperanza hicieron una almadía, en la cual se pusieron con algunos víveres y efectos.»

«Mal dirigida también la almadía, tropezó con una rama sumergida y volcó: efectos perdidos y todo el mundo al agua. No pereció nadie gracias a la poca anchura del río en este sitio. Madame Godin, después de haberse zambullido dos veces, fué salvada por sus hermanos. Reducidos a una situación más triste que la de antes, resolvieron todos seguir a pie por la orilla del río. ¡Vana empresa! Sabéis, señor, que las orillas de estos ríos están cubiertas con silvestre vegetación de hierbas y arbustos, entre los que no se puede uno abrir paso más que hacha en mano, perdiendo mucho tiempo. Volvieron a su *carbot,* cogieron los víveres que allí habían dejado y empezaron a caminar a pie. Se apercibieron de que siguiendo la orilla del río, sus sinuosidades alargaban mucho el camino y para evitarlas se adentraron en el bosque, perdiéndose pocos días después. Fatigados por tantas caminatas incómodas, por lo espeso del bosque; llagados y heridos los pies por las zarzas y espinas, acabados los víveres, agobiados por la sed, no tenían más alimentos que algunas semillas, frutas silvestres y cogollos de palmeras. En fin, agotados por el hambre, el descaecimiento, el cansancio, las fuerzas les faltaban, sucumben y no pueden levantarse. Allí los acechan sus últimos momentos y en tres o cuatro días expiran unos tras otros. Mme. Godin, echada junto a sus hermanos y los otros cadáveres, permaneció cuarenta y ocho horas aturdida, extraviada, aniquilada, atormentada de continuo por la ardiente sed. Mas la Providencia, que quería conservarla, dióle el valor y la fuerza para arrastrarse e ir a buscar la salvación que le esperaba. Descalza, semidesnuda, dos mantillas y una camisa hecha jirones por las zarzas apenas si cubrían sus carnes; cortó los zapatos de sus hermanos y se ató las suelas a los pies. Acaeció la muerte de las

siete personas de la infortunada expedición del 25 al 30 de Diciembre de 1769, poco más o menos, a juzgar por datos posteriores bien comprobados y por lo que la única víctima que escapó de la muerte me ha dicho; nueve días después de abandonar el lugar en que vió a sus hermanos y a su criados exhalar el último suspiro, llegó a la orilla del Bobonaza. Es muy verosímil que el tiempo le pareciese muy largo. ¿Cómo en este estado de agotamiento y penuria, una mujer educada con delicadeza, reducida a este extremo puede conservar su vida aunque no sea más que cuatro días? Mi esposa me ha asegurado que estuvo sola en el bosque diez días, dos de los cuales permaneció al lado de sus hermanos muertos, esperando también ella su último momento, y los otros ocho anduvo errante arrastrándose de aquí para allá. El recuerdo del interminable espectáculo de que había sido testigo, el horror de la soledad, de la noche en un desierto, el pavor de la muerte siempre ante su vista, miedo que a cada instante se redoblaba, hicieron en ella tal impresión que sus cabellos encanecieron. El segundo día de su marcha, que no podía ser muy considerable, encontró agua, y los días siguientes frutos silvestres y algunos huevos verdes que no conocía, pero por la descripción que me ha hecho supongo que fueron huevos de una especie de perdiz. Apenas si podía tragar, tanto se le había estrechado el esófago con la privación de alimentos. Los que por casualidad encontraba bastaron para sustentar su esqueleto. Ya era tiempo de que el socorro que el destino le deparaba llegase.»

«Al octavo o noveno día, según la cuenta de Mme. Godin, fué cuando, después de haber abandonado el lugar de la funesta escena, se encontró de nuevo a las orillas del Bobonaza. Al alba oyó ruido a cosa de doscientos pasos de donde estaba. Un primer impulso de pavor hízola en seguida internarse en el bosque, pero reflexionando que nada peor que la situación en que se hallaba podía sucederle y que, por lo tanto, nada tenía que temer, volvió a la orilla y vió a dos indios que botaban una canoa al agua. Es costumbre cuando se salta a tierra para pasar la noche varar total o parcialmente las canoas para evitar los accidentes; en efecto, si se rompieran las amarras de una canoa a flote durante la noche, se iría a la deriva, y ¿qué sucedería a los que duermen tranquilamente en tierra? Los indios apercibieron a Mme. Godin en donde estaba y se dirigieron

Lacia ella. Les rogó que la condujeran a Andoas. Estos indios, alejados hacía mucho tiempo de Canelos con sus mujeres huyendo del contagio de la viruela, venían de un abatis lejano que poseían y bajaban a Andoas. Recibieron a mi esposa con demostraciones de afecto, la cuidaron y la condujeron a esa aldea. Hubiera podido detenerse allí unos días para descansar, y podéis comprender que le hacía mucha falta, pero habiendo encontrado más obstáculos que facilidades no quiso permanecer en Andoas y se marchó al día siguiente para La Laguna. Una india de Andoas le hizo una falda de algodón, que mandó pagársela cuando llegó a La Laguna y que aun conserva preciosamente, así como las suelas de los zapatos de sus hermanos, con las que se hizo unas sandalias; tristes recuerdos que han llegdo a serme tan queridos como a ella.»

Otra cosa verdaderamente milagrosa sobre el haber resistido a tantos sufrimientos, fué no haber sido víctima de los infinitos animales dañidos, de los que dice Godin: «He visto en estos parajes onzos, especie de tigre negro de los más feroces; también hay serpientes de las más venenosas, tales como la serpiente de cascabel, la que los españoles llaman coral, y la famosa balao, que se llama en Cayena *serpente grace*.»

Acaso el principal causante de la catástrofe fué un sujeto llamado Tristán de Oreasaval, de quien se valió Godin para avisar a su familia y que fué un verdadero traidor. El pretendido médico francés señor R... también se portó mal, procurando salvarse él y abandonando a los otros.

Acerca de todo lo ocurrido, dice Godin en su carta: «Mientras mi esposa erraba por los bosques, su fiel negro remontaba el río con los indios que llevaba de Andoas para socorrerla. El señor R..., más preocupado de sus asuntos personales que de apresurar la expedición de la canoa que debía salvar la vida de sus bienhechores, partió con su camarada y su bagaje y se fué a Omaguas. El negro llegó al *corbot*, en donde había dejado a su ama y sus hermanos, siguió su rastro por los bosques, con los indios de la canoa, hasta encontrar los cuerpos muertos, ya descompuestos y tan desfigurados, persuadidos de que nadie se había librado de la muerte; el negro y los indios emprendieron el camino del *carbot*, recogieron todo lo que en él habían dejado y volvieron a Andoas antes de que

mi mujer llegase. El negro, a quien no cabía la menor duda de la muerte de su ama, fué a buscar a Amaguas al señor R..., y le devolvió todos los efectos de que se había hecho cargo. Aquel no ignoraba que Mr. Grandmaison llegó a Loreto y esperaba allí a sus hijos con impaciencia. Una carta de Tristán que tengo a la vista prueba también cómo mi suegro, informado de la llegada del negro Joaquín, recomendó a Tristán que le buscase y se lo enviara, pero ni Tristán ni el señor R... tuvieron a bien complacer a mi suegro, y el señor R..., lejos de allanarse con su deseo, por sí y ante sí envió el negro a Quito para que custodiase los efectos que le había traído. El negro volvió a Quito y aunque pasó no lejos de La Laguna, como creyó a su ama muerta, no pensó en aproximarse.»

Una vez en La Laguna ya el viaje, aun larguísimo, se regularizó.

En La Laguna, Mme. Godin «fué recibida con toda la afabilidad posible por el Dr. Romero, nuevo superior de las misiones, que con sus buenos tratos, durante cerca de seis semanas que allí permaneció, no perdonó nada para que se restableciese su muy alterada salud y para distraerla del recuerdo de sus desdichas. El primer cuidado del Dr. Romero fué despachar un propio al gobernador de Omaguas para avisarle la llegada de Mme. Godin y del estado de desfallecimiento en que se encontraba. Al saber esta noticia el señor R..., que anteriormente prometió colmarla de atenciones, no pudo dejar de ir a verla y le devolvió cuatro platos de oro, un jarro, una falda de terciopelo, una tela persa, otra de tafetán, alguna lencería y ropas tanto de ella como de sus hermanos, añadiendo que todo lo demás se había podrido. Olvidaba que los brazaletes de oro, que las tabaqueras, que los relicarios de oro y los pendientes de esmeraldas no se pudren, lo mismo que sucede con otros efectos de esta naturaleza o que están en igual caso».

«Si me hubieseis devuelto mi negro, agregó Mme. Godin, sabría por él lo que se hizo de los objetos que ha debido encontrar en el *carbot*. ¿A quién queréis que pida cuenta? Marchaos, señor. No puedo olvidar que sois el autor de mis desdichas y de mis pérdidas. Seguid vuestro camino; no puedo aceptar vuestra compañía.» Demasiado fundamento tenía mi esposa para ello; pero los

ruegos del Dr. Romero, a quien nada podía rehusar, y que la hizo ver que si abandonaba al señor R... no sabría él qué hacer, triunfaron de su repugnancia y consintió al fin en que el señor R... la acompañara.»

«Cuando Mme. Godin se restableció un poco, el Dr. Romero escribió al Sr. Grandmaison que su hija estaba fuera de peligro y que iba a enviarle a Tristán para que la condujera a bordo del barco portugués. Escribió también al gobernador diciéndole que había hecho presente a Mme. Godin, de quien ensalzaba el valor y la piedad, que iba a comenzar un largo viaje, pues aunque ya había recorrido 400 leguas y pico, faltaba cuatro o cinco veces otro tanto hasta Cayena; que, apenas escapada de la muerte, se iba a exponer a nuevos riesgos; que habíale ofrecido que la conducirían de nuevo a Riobamba, su residencia, con toda seguridad, pero que le respondió que le extrañaba la proposición, pues si Dios le preservó a ella sola de los peligros en que sucumbieron todos los suyos, no tenía otro deseo sino reunirse con su marido, habiéndose puesto en camino con la única intención de realizarlo, y que creería contrariar los designios de la Providencia, haciendo inútil la ayuda que recibió de sus dos amados indios y de sus mujeres, así como todos los auxilios que el mismo Dr. Romero le prodigó; a todos debía la vida y Dios sólo podía recompensarlos.»

«Siempre he querido a mi mujer, pero semejantes sentimientos me obligaron a añadir el respeto a la ternura.»

«No llegando Tristán, el Dr. Romero, después de haberle esperado inútilmente, fletó una canoa y ordenó que condujeran a madame Godin a bordo del buque del rey de Portugal, sin detenerse en ningún sitio. Al saber el gobernador de Omaguas que descendería el río sin tomar tierra en ningún sitio, fué cuando envió una canoa a su encuentro con algunas provisiones.»

«El comandante portugués, M. de Rebello, recibió aviso de votar una piragua mandada por dos de sus soldados, abastecida de víveres, con orden de preceder a Mme. Godin. Alcanzáronla en la aldea de Peras. El oficial portugués, para ejecutar estrictamente las órdenes del rey, su soberano, remontó su barco con mucho trabajo, doblando el número de remeros, hasta la misión española de Loreto, donde la recibió a bordo. Mi mujer me ha asegurado que desde

este momento hasta Oyapoa, en una distancia de casi mil leguas, no le faltaron las comodidades más refinadas ni los manjares más delicados, como no podía esperar, como no hay ejemplo en una navegación semejante; provisiones de vinos y licores llevados especialmente para ella, aunque no los probaba; abundante caza y pesca proporcionadas por las dos canoas que precedían a la galeota. El gobernador de Pará envió órdenes a la mayor parte de los apostaderos y más víveres.»

«Se me olvidaba deciros que los sufrimientos de mi esposa no habían acabado; tenía el pulgar de una mano en muy mal estado. Las espinas que en él se habían clavado cuando erró por el bosque, y que aun no había podido extraer del todo, originaron un tumor; el tendón hasta el hueso estaba dañado; creían que había que amputar el pulgar. Sin embargo, a fuerza de cuidados y de ungüentos salvó el dedo, no sin sufrir en San Pablo una operación en la cual extrajéronle algunas esquirlas, perdiendo además la articulación del pulgar. La galeota continuó su rumbo a la fortaleza de Curupa, que vos conocéis, a casi sesenta leguas más arriba de Pará. M. Martel, caballero de la Orden del Cristo, Mayor de la guarnición de Pará, llegó al día siguiente por orden del gobernador para tomar el mando de la galeota y conducir a madame. Godin al fuerte de Oyapoc. Poco después de la desembocadura del río, en un sitio de la costa en que las corrientes son muy violentas, perdió una de las anclas, y como hubiera sido imprudente el exponerse con una sola, envió su chalupa a Oyapoc en busca de auxilios, que prontamente le enviaron. Supe la noticia y salí del puerto de Oyapoc en una galeota de mi propiedad, con la cual crucé la costa por la travesía de Mayacaré, para salir al encuentro del barco que ansiosamente esperaba; al cuarto día, a bordo del mismo, después de veinte años de ausencia, de sobresaltos, de contratiempos y de recíprocas desdichas, recuperé a mi querida esposa, a la que no pensaba volver a ver más. Olvidé en sus brazos la pérdida de los frutos de nuestra unión, de la cual a mí mismo me felicito, pues su prematura muerte los salvó de la suerte que les esperaba, así como a sus tíos, en los bosques de Canelos, a la vista de su madre, que seguramente no hubiera so-

brevivido al terrible espectáculo. Anclamos en Oyapoc el 22 de Julio de 1770.»

De Oyapoc fueron a Cayena; un año después se embarcaron para Francia, adonde los acompañó el señor de Grandmaison, que no había pensado hacerlo, pero prefirió ya quedarse con su hija, encargando al otro yerno, Sr. Zavala, residente en Riobamba, de lo que allí dejó.

(Continuará.)

Mujeres viajeras

POR

FRANCISCO DE LAS BARRAS Y DE ARAGON

(Conclusión) (1).

GUZMÁN (Eugenia de), Condesa de Teba, Emperatriz de los franceses.

Es de las mujeres que, por su vida extraordinaria, merece ser citada. No es en realidad tipo de mujer viajera, pero, sin embargo, su vida de constante movimento por Europa bien debe ser recordada.

No vamos a citar más que algunos jalones de su biografía para que sirvan de puntos de referencia y concretar un poco más las dos ocasiones de su vida en que salió de Europa: la primera, muy alegre y solemne, cuando se inauguró el Canal de Suez, y la segunda, bien triste, cuando fué al Sur de Africa, al lugar donde habían asesinado a su hijo.

Nació María Eugenia Ignacia Agustina en Granada el 5 de Mayo de 1826 y era hija de D. Cipriano, Conde de Teba, y D.ª María Manuela Kirpatrick de Closeburn.

Habiendo venido a España el notable escritor francés Próspero Merimée, en 1830, en uno de sus viajes, en una diligencia conoció al Conde de Teba y simpatizaron tanto que al llegar a Madrid lo presentó a la Condesa Doña Manuela, con la que simpatió también, y frecuentó la casa en que vivían en la calle del Sordo, haciéndose gran amigo de la niña Eugenia.

---

(1) Véase tomo LXXXVII, pág. 106

La historia es bien conocida. Sólo diremos que el casamiento con Napoleón III se verificó en Nôtre Dame a fines de Enero de 1853.

El 16 de Marzo de 1856 nació el Príncipe imperial.

En el verano de 1860 visitó Napoleón III, acompañado de la Emperatriz, los nuevos territorios que se anexionaban a Francia de resultas de la guerra de Italia. Fué un viaje triunfal.

El último de los recuerdos gozosos de Eugenia fué la inauguración del Canal de Suez en 1869.

Es su primer viaje por Africa. En este punto merece citarse el libro titulado *De la Puerta del Sol a las Pirámides.—Viaje al istmo de Suez, con escala en Jerusalén,* por Arturo Baldazano y Topete (Segunda edición.—Madrid. Imprenta de T. Fortanet.—Calle de la Libertad, núm. 29. 1870.)

La inauguración del Canal de Suez se verificó el 17 de Noviembre.

El 27 de Octubre de 1869 salió la «Berenguela» de Cartagena, buque de guerra que envió España, y a su bordo, formando parte de una comisión destinada a la inauguración del Canal, iba el autor del libro.

Como es sabido, la inauguración fué presidida por la Emperatriz Eugenia en representación del Emperador, a quien la complicación de la política internacional, que poco después desembocó en la guerra franco-prusiana, retenía en Francia.

La víspera se realizó la bendición del Canal, tomando parte en la ceremonia el Gran Muffi y sacerdotes griegos, coptos, armenios, etcétera; representando al catolicismo Mons. Beiter, que pronunció una brillante oración. Se habían elevado dos tribunas y en una de ellas estaban las comisiones y multitud de viajeros distinguidos, entre los que no faltaban algunas damas. Dejamos aquí la palabra a nuestro anter Baldasano y Topete, que dice (pág. 42): Españolas sólo había, además de la reina de la fiesta, nuestra compatriota Eugenia de Guzmán, la señora del cónsul de Alejandría, que vino en la «Belenguela» con nosotros y que es una viajera tan valiente e infatigable, cuyo mejor elogio se hace diciendo que subió hasta la cúspide de las Pirámides, mérito que sólo puede apreciar el que, como yo, ha hecho tan penosa ascensión y de lo que sólo tendrá una ligear idea el lector con lo que le cuente más adelante.»

«Concluída la función religiosa se regresó a bordo con las mismas ceremonias y cada cual se dirigió a su respectivo barco para consagrar en la mesa un recuerdo a su querida patria. Así lo hicimos los españoles todos, pues asistió a la comida la comisión que ha representado al Ministerio de Fomento en la apertura del istmo; la mesa estaba elegantemente preparada en la toldilla de la fragata; reinó el mayor entusismo y hubo brindis por el feliz término del viaje de la «Berenguela», por la prosperidad, paz y constitución de nuestra querida España, y por las glorias del Callao, representados en la veterana fragata que nos daba tan cordial hospitalidad en aquel momento; entre tanto, la bahía se ilumina. Puerto Said se enciende instantáneamente; las músicas tocan, los marinos cantan, el muelle se enloquece y, como dice Castro y Serrano en sus deliciosas cartas, se agota el diccionario del regocijo en todas las lenguas del universo.»

«En la alegría propia del fin de un banquete tan agradable como el que nos ocupa, nació la idea de dar una serenata al estilo de nuestro país a la Emperatriz de los franceses, delicado obsequio que ella apreció en lo que vale, y aunque ya ha tenido natural publicidad, no quiero dejar pasar en silencio como testigo ocular que fuí.»

«Gran trabajo costó acomodarnos en los botes de a bordo, pues iba casi toda la oficialidad de la fragata y todos los españoles que asistieron a la comida; pero era preciso ir de manera que no lamáramos la atención de las escuadras allí fondeadas; se recomendó la mayor formalidad, pues había algunos a quienes los vapores del Champagne hacían todavía efecto, y los ecos de la guitarra les transportaba a la reja de alguna bella hija de Andalucía. Dimos la primera vuelta alrededor del yate imperial (llamado «L'Aigle») y sólo se notó a bordo el movimiento natural producido por tan inesperada visita. Continuamos bogando en el mayor silencio, y a la segunda, una voz que nos era conocida y que hubiéramos adivinado, por hablarnos en la hermosa lengua de Cervantes, nos saludó afablemente. Era la Emperatriz, que asomada a la puerta de su cámara con una de sus sobrinas, las de Alba, se mostraba gozosa de oír en aquellas remotas playas, que la escuchaban por vez pri-

mera, las salerosas playeras y los sandungueros polos que le recordaban a la oriental Granada, su inolvidable patria.»

«Bien nos demostró cuán presentes tenía los venturosos días en que se había deslizado su juventud, acaso más felices que los del Imperio, y nos trajo a la memoria la siguiente copla:

La pena y la que no es pena
todo es pena para mí;
ayer penaba por verte,
y hoy peno porque te vi.

El guardia marina Alberto Castaños, que era el *cantaor,* repitió la canción, llevando el compás con las palmas de las manos la todavía bellísima Eugenia y formando todos nosotros el coro. El simpático Director de Instrucción Pública, presidente de la Comisión de Fomento, y el chistoso Tiburcio Rodríguez, con su natural gracejo, se despidieron en nombre de todos de la Emperatriz, quien nos repitió quedaba muy agradecida a nuestra galante y oportuna ocurrencia; mi compañero de viaje, el distinguido artista D. Ramón Padró, dibujó aquella escena alumbrado sólo por la luz de la luna, y nuestros lectores la podrán ver en *La Ilustración Española y Americana,* que la ha publicado en uno de sus primeros números.»

«A bordo nos dieron las dos de la mañana discutiendo si pasaría o no la «Berenguela», lo que se iba a decidir a las pocas horas, pues se había dado orden a los buques de tener preparadas desde muy temprano sus calderas para colocarse en el lugar correspondiente.

No pudo pasar hasta varios días después.»

Pasó la guerra franco-prusiana; se derrumbó el Imperio, y las majestades caídas vinieron a Inglaterra.

El príncipe imperial se había hecho un hombre de grandes arrestos.

Este príncipe imperial había intentado en 1878 formar parte de la expedición de Austria a ocupar la Bosnia y la Hertzegovina, pero el emperador de Austria le negó el permiso para incorporarse al Ejército. En tanto, surgió en el Sur de Africa la sublevación de los zulús, y tras algunas dificultades que le puso el duque de Cambridge, general en jefe del Ejército, logró embarcar en 27 de

Marzo de 1879 para el Africa del Sur, y el 20 de Junio se tuvo noticia de su muerte. La noticia aplanó completamente a la Emperatriz, que tardó varios días en sobreponerse para poder cumplir los deberes que las circunstancias le imponían.

El 10 de Julio llegaron a Inglaterra los restos del príncipe y el 12 recibieron sepultura en la iglesia de Santa María de Chislehurts.

Al regresar la reina Victoria a su residencia de Balmoral, en Escocia, ofreció a la Emperatriz una pequeña casa de su propiedad, Abergeldie Castle, a tres kilómetros del castillo, donde podría vivir en completa soledad, y a que se trasladó a fines de Agosto, sin más compañía que mademoiselle Larminat, viviendo en completo aislamiento, sin más distracción que largos paseos que daba, hiciera el tiempo que hiciera.

Allí forjó el proyecto de emprender el largo y penoso viaje a Zululandia, y explica a Pietri su resolución en los siguientes términos: «Me siento atraída hacia aquellos parajes con la misma devoción que los primeros discípulos de Cristo debieron experimentar por los Santos Lugares. La idea de ver, de recorrer las últimas etapas de la vida de mi hijo adorado, de hallarme en el mismo sitio donde puso sus últimas miradas, en la misma estación de año, y de pasar la noche del 1.° de Junio velando y rezando en su memoria, es una necesidad de mi alma y una razón de mi existencia... Es una idea que me sostiene y me levanta el ánimo; sin ella no tendría fuerzas bastantes para reaccionar y me abandonaría esperando que el dolor me ultimase.»

En la primera quincena de Octubre regresó la Emperatriz a su residencia de Camdem-Place. Allí tuvo noticia del mal estado de salud de su madre, lo que la hizo salir para Madrid, pero cuando llegó había fallecido en 22 de Noviembre la condesa de Montijo. Sólo estuvo un mes en España.

«El 28 de Marzo de 1880 (dice Villaurrutia, pág. 248) la reina quiso que la escoltase el general Sir Evelyn Wood, al que se unieron dos antiguos compañeros del príncipe, los capitanes Slade y Bigge y el Dr. Scott, que había hecho la campaña como médico militar. El único francés que la Emperatriz llevó consigo fué el marqués de Bassano, hijo del duque. También la acompañaron

dos damas inglesas, lady Wood y la viuda de un oficial muerto en Ulandi, que efectuaba también una piadosa peregrinación.»

Desde Durban escribía la Emperatriz a Pietri el 3 de Mayo: «La acogida que recibo en todas partes es conmovedora: ni una palabra, ni un grito; sólo un respetuoso silencio como el que se procura guardar en la habitación de un enfermo, y la gente descubriéndose a mi paso. Hasta los mismos negros parecen darse cuenta de que ya no es posible desear nada a quien Dios concedió tantas cosas y se las ha quitado una por una, dejándola solamente la amargura de los recuerdos como único compañero de ruta.»

«El 25 de Mayo por la noche llegó la expedición a su destino y se levantó la tienda de la Emperatriz junto al Kraal o aldea donde el príncipe acampó por última vez. La noche del 1 al 2 de Junio la pasó rezando en el sitio donde cayó muerto y fué encontrado al día siguiente su cadáver enteramente desnudo y conservando únicamente las medallas que, pendientes de una cadenita de oro, llevaba al cuello.»

«Decía la Emperatriz que varias veces vió aparecer por encima de los taludes cabezas de negros que se escurrían para mirarla entre las altas hierbas. Eran seguramente los mismos hombres que habían matado allí a su hijo. Sus miradas no eran hostiles, sino curiosas y expresaban simpatía y piedad. Hacia la madrugada sucedió una cosa extraña. Aunque no había ni el menor soplo de aire, la llama de las velas se inclinó como si alguien quisiera apagarlas. Y ella entonces le dijo: ¿Eres tú, hijo mío? ¿Quieres acaso que me retire?—Y se recogió a su tienda.»

«Desde que abandonó Ytelezi cayó la Emperatriz en un estado de postración que alarmó a sus compañeros. El 17 de Junio escribía a Pietri: «Me hallo en extremo fatigada y estoy ansiosa de descanso físico, pues hace ya cincuenta días que dormimos en una tienda de campaña. Dentro de dos volveremos a estar bajo techado y ya voy contando las horas que faltan, pues todo el interés que me sostenía se ha desvanecido.»

Después de muerto su hijo aun vivió cuarenta años Eugenia de Guzmán, viajando mucho, pero habitando como habitual la residencia inglesa de Farnborough-Hill, cerca de la cual, en una colina cercana, hizo construir la iglesia abadía de San Miguel por

el arquitecto francés Mr. Estailleur, y adonde el 9 de Enero de 1887 fueron trasladados los restos de Napoleón III y de su hijo. El resto de la vida de la Emperatriz se fué deslizando entre esta residencia, su villa en Cabo Martín, junto a Menton y también temporadas en París, viajes a España, etc. Su afición viajera no se desmintió nunca, navegando muchas temporadas en su yate «Thistle».

En uno de estos viajes inicia su libro el marqués de Villa Urrutia con el capítulo preliminar que titula «La Emperatriz Eugenia en Constantinopla en 1897».

Murió la Emperatriz en Madrid en el palacio de Liria, del duque de Alba, en 1920.

MARTÍN DELFOUR (Madame Elena M.).

De esta señora puedo decir que se me presentó el 12 del corriente mes de Julio (1949) con una carta de mi distinguida amiga D.ª María Esperanza Galbán y Ordas, bibliotecaria del Museo Etnológico Nacional (antes de Antropología, Paseo de Atocha, 13). Por tres veces en un día estuvo en mi casa y no me encontró; acudí al Hotel de Madrid, donde se hospedaba, y la primera vez no estaba. Por fin, a la tarde del segundo día pude encontrarla y hablamos un rato antes de irse a tomar el expreso para Madrid. Según los datos de su tarjeta, es etnólogo-lingüista y pertenece al Instituto Bernardino de Sahagún. (También tiene casa en Madrid, calle Alfonso XII, 36, y teléfono 21-56-38.)

En la carta de María Esperanza dice que es «doctísima y sumamente simpática» y que su colaboración en el Museo e Instituto es sin sueldo. Por la manera de presentarse y de viajar se deduce que su situación económica es buena.

En la carta, añade María Esperanza que «su especialidad son los estudios de lingüística». Sabe muchos idiomas, incluso el chino y japonés, y próximamente asistirá en Bruselas al Congreso de la referida ciencia. Después volverá a Madrid y en el otoño irá a América».

«Es esta señora francesa y a pesar de ser joven ya ha viajado mucho por todo el mundo; incluso ha pasado días en la selva.»

Mi entrevista con D.ª Elena confirmó todo lo dicho, en especial lo de la simpatía. Es bastante guapa y su edad estará bordeando los cincuenta años. Pero sobre todas sus cualidades resalta un dinamismo extraordinario. En menos de cuarenta y ocho horas vió todo lo importante que hay que ver en Sevilla, y a pesar de haber ido al Archivo de Indias en hora que estaba cerrado, consiguió ver al director y dejar ya preparados los datos que desea le remitan. Su viaje próximo a América empezará por Nueva York, según me dijo, para ir luego a Colombia y Venezuela, donde piensa hacer varios estudios, y creo recordar que me dijo que iban a hacer la historia de las misiones de Capuchinos. Añadió que después sus aspiraciones están puestas en las islas y razas del Pacífico, pero en especial en sus lenguas. Ha asistido ya a diferentes congresos.

Sobre este aspecto de sus actividades me dejó el extracto de una de sus conferencias, que creo será lo mejor reproducir traducida a nuestra lengua, para ampliar en lo posible el conocimiento de tan interesante viajera.

Aunque de un modo concreto en la nota que me dió no lo dice, ni ella tampoco lo dijo, parece referirse a la conferencia que pensaba dar en el Congreso de Bruselas, si bien pudiera ser también anterior. La nota dice: Sección VI. Cuestión 24: «Repartición de la población según las cartas marinas de los indígenas de la Micronesia, por Elena Martín Delfour, delegada de la Sección Geográfica de la Oceanía del Instituto de Antropología».

La autora no presenta aquí más que un resumen o sumario de un extenso trabajo en preparación. Ella se propone demostrar el interés que presenta esta cuestión para la historia de la Geografía y especialmente para ciertas naciones que efectuaron los descubrimientos de las islas y su colonización.

«La autora ha utilizado para sus investigaciones los textos de especialistas modernos japoneses, alemanes e ingleses. Pero más particularmente los del almirante japonés Matsouka, que fué un eminente etnólogo. Hizo todas sus investigaciones en las islas valiéndose de viejos marinos micronesios que conocían perfectamente la técnica y el uso de estas cartas marinas de que ellos por sí mismos se habían servido.

La autora extiende su investigación a las poblaciones que forman la familia lingüística malayo-polinesia y a sus excepciones (como la de isla Truck, que pertenece a otra familia lingüística) y la hace partir desde los tiempos protohistóricos a los tiempos modernos.

La autora se ha propuesto reconstruir las áreas de las poblaciones indígenas por medio del estudio minucioso de estas cartas marinas de la Micronesia.

Ella expondrá la reproducción de una de estas cartas (cuyo original está en el Museo del Hombre, en París), a fin de ilustrar el método que ella ha seguido.»

No he querido dejar de consignar los datos que circunstancialmente he adquirido de esta señora, que posee un espíritu viajero y entusiasta de investigación etnológica.

MIRANDA (Sor María Rosa. Misionera Dominica) (1).

Corresponde la fecha a la primera edición de un interesantísimo libro sobre el Japón, donde la autora, como dice en el prólogo, vivió cinco años.

Es el libro un estudio detenido del Japón que, según hace constar la autora muy bien, «no es solamente Tokio y Kioto, Kobe y Yokohama, esas grandes ciudades disfrazadas de europeas con un barniz exterior que despista a los turistas».

«El verdadero Japón vive en los pueblos que se ocultan entre valles, escalan las montañas o se tienden en sábana a las orillas del mar.»

Con el título «En lugar de prólogo», empieza la obra. Es el obligado capítulo preliminar en que extractadamente, pero tocando con verdadera maestría los puntos capitales, dice: «En un día de otoño, cuando las hojas se tiñen de oro y los días comienzan a entristecerse, embarqué en el puerto de Barcelona con rumbo a Oriente.»

«Era muy joven y llevaba una gentil compañera que hermoseaba cuanto tocaba: la Ilusión.»

«Al bordear las costas de Italia, tan risueñas y henchidas de re-

(1) *A través del Japón.*—M. Aguilar, editor.—Madrid, 1942.—En 4.º, 328 páginas.

cuerdos históricos, vi por primera vez la cima humeante de un volcán, dos volcanes: el Vesubio y el Etna.»

«Penetré en el imperio de los faraones, asombrándome ante sus ruinas gigantescas, sus momias milenarias, que fueron un día príncipes poderosos y temidos; sus esfinges enigmáticas y las moles inmensas de sus pirámides. Pisaba tierra de Mahoma, donde el Corán lo es todo, donde el Muezin, desde lo alto de los minaretes, llama a los fieles a la oración con un canto lleno de melancolía, en que afirma cuatro veces que Alah es grande. Admiré la ciudadela de Mohamed Alí, la Mezquita de alabastro y las tumbas de los mamelucos. Durante mis correrías apagué la sed con agua del Nilo sagrado, perfumada con pétalos blancos de flores de azahar.»

«Atravesé el Mar Rojo, que tuvo la gentileza de mostrarse aquellos días teñido de color de sangre bajo el sol de fuego.»

«Visité la India misteriosa, donde imperan Brahama Shiba y Visnú, donde asombra la vegetación por su fastuosa exuberancia, tanto como fascinan los ojos de sus mujeres, grandes y rasgados, negros como la noche, brillantes como estrellas y dulces como himnos sagrados del hijo de Visamitra.»

«En Singapoore me puse por primera vez en contacto con el pueblo chino, siempre pintoresco, aunque muy influenciadas aquí sus costumbres por la culta Europa.»

«Cuando ya me creía tan lejos de la patria encontré un reflejo de ella en las islas Filipinas, pedazos que fueron de la cantera de España, donde aun se oye hablar el castellano y donde un puñado de españoles conserva todavía el fuego de amor patrio que ni la distancia ni las calumnias han conseguido apagar.»

«Di fin a mi viaje. ¡El Japón estaba a la vista!»

«Manos blancas y amigas se agitaban alegres por encima de la multitud, dándome la bienvenida desde el muelle y suavizando todo lo que podía haber de brusco en mi primer encuentro con el Oriente.»

«Cinco años viví en contacto con este pueblo singular, el más original del mundo, hablando su idioma, saboreando su historia, su tradición y sus leyendas, embelesándome en la contemplación de sus paisajes embrujados; viviendo su vida, participando de sus dolores y alegrías y captando los detalles de las costumbres japonesas en la intimidad de la vida hogareña, donde familias amigas

me hacían sitio como si fuera uno de los suyos y me contaban entre sorbos de té legendarias historias de un pasado heroico y romántico que desapareció para siempre...»

El resultado de las notas que fué reuniendo nuestra misionera dominica constituye este preciosísima libro, que debe leerse íntegro si se quiere conocer el Japón. Todo en la obra es de observación directa y puede decirse que todo es vivido.

Para darnos cuenta superficial y que sirva de estímulo para la lectura que debe hacerse, copiaremos los epígrafes que forman el índice: «En lugar de prólogo».—Algo de historia. — Aspiraciones grandes de unas islas pequeñas: Caracteres y educación.—Yokohama.—Tokio.—El hijo del cielo.—El camino de Buda.—Nikko, la ciudad de las almas.—Niños y juegos.—Cómo se viste en el Japón.—El gran Buda Kamakura.—La fiesta de los niños.—Pescadores.—El camino de los dioses.—Primavera en el Japón.—Fiestas populares.—Cortesías y conversación.—Kioto la imperial.—Campesinos—Flores.—Arte culinario.—De tiendas.—Lluvias y nieves.—Señores y castillos feudales.—Baños y termas.—La diosa Zorra.—Terremotos.—Geishas.—Escritura.—Hacia la montaña.—Hoteles y hospedajes.—El babu.—Una raza que se extingue.—Peregrinos.—Bronces.—Lacas.—Porcelanas.—La mujer y el matrimonio.—Sedas y brocados.—Viviendas japonesas.—Corea, el reino ermitaño.—Entierros y funerales.—Sirvientes.—Monte Fuji.—La industrial Osaka.—Las campanas de los templos.—Cosido y planchado.—Jardines.—Noche de ánimas.—Formosa.—Teatro dramático. — Las Tres «Honorables».—Vistas.—Recitales y espectáculos diversos.—Ciencias y literatura.—Sayonará.

Termina el libro insertando «Tres leyendas japonesas»:

Amatearon, fundadora del Japón.

Cien años de vacaciones.

La Hija del Mar.

NORTH (Mariana).

Fué una viajera inglesa que recorrió gran parte del mundo, especialmente las regiones tropicales, por su propia voluntad; pero su obra fué pintar constantemente; también dejó un diario escrito. Su obra pictórica perdura y perdurará siempre.

En mi carta a Pedro Alvarez Quintero, fechada en 19 de Marzo de 1909, durante mi pensión para estudios de Botánica, le dije lo que sigue y que me limito a reproducir aquí: «Fué una mujer de un sentimiento artístico colosal que sintió la naturaleza como nadie, sobre todo los paisajes y las plantas. Creo que era rica. Se pasó la vida viajando y pintando paisajes y sobre todo flores en las cinco partes del mundo. Reunió una colección inmensa de cuadritos, bastante buenos en general, y algunos, especialmente de flores, sentidos como nadie los ha sentido, y de seguro que su ejecución estaba muy por debajo de sus sentimientos. Después, cuando era vieja, se retiró a una casita de campo en este país (Inglaterra), que no es tan feo como suponen, y regaló todos sus cuadros al Jardín de Kew y, no sé, pero creo que de su bolsillo se construyó un museo para ellos solos. Allí, en un sitio del jardín (de Kew) bastante lejano, para obligar a que se vaya por voluntad más que por casualidad, están, y allí me he pasado muchos ratos mirándolos y filosofando a mi manera.»

«Aquello es un verdadero templo consagrado a la naturaleza por una mujer que ha hecho y hará con sus pinturas mucho bien a la humanidad; mientras que el museo exista, todo el que en Londres esté desesperado no tiene más que irse allí un rato y verá cómo la calma vuelve a su espíritu.»

Presidiendo el museo está el busto en mármol de la santa o de la diosa, según se quiera. Tiene todo el aspecto de calma y reposo de aquel espíritu, que seguramente fué muy bien interpretado por el escultor. Era una mujer hermosa, sin ser bonita, y con una frente admirable. Debajo de aquella frente se adivina un mundo de pensamientos, pero todos buenos, puros y levantados...

Esta fué la impresión que me hizo la pintora viajera.

A ello sólo agregaré, porque contiene algunos datos concretos sobre lady North, la nota que inserta el Diccionario Espasa (tomo 38, página 1139):

«North (Mariana).—Pintora inglesa nacida en Hastings y muerta en Glascesterhire (1830-1890). Sobresalió en la pintura de flores, siendo en este género una de las mejores artistas que han existido. Sus flores están ejecutadas con tal perfección que han prestado gran utilidad en el estudio de la botánica. Viajó mucho por regiones tropicales en busca de flores propias de estos climas, lo cual minó su salud. Su autobiografía, *Recollections of a happy life* (2 vols., 1893), fué editada por su hermana, Mrs. Symondes, la cual también, en 1893 publicó *Further recollections of a happy life*, obra compuesta con trozos escogidos del diario de esta pintora.»

PFEIFFER (Ida) (1).

Es la señora Pfeiffer un caso de mujer excepcional. El espíritu viajero había existido en ella siempre. Desde niña soñó los viajes; pero no viajaba con un plan deliberado, no la guiaba ningún espíritu sectario ni partidista; tampoco con una orientación especial de estudios. Lo observaba todo, lo curioseaba todo y lo consignaba todo, y así formó la maravillosa obra de todos sus viajes. En sus relatos todo es verdad, sin prejuicio alguno, y esto les da un valor difícilmente superado. Estas mismas ideas se exponen mejor que puedo hacerlo yo, en el siguiente párrafo de Introducción de J. Belin de Launac, donde dice: «No es para proporcionar argumentos a ningún sistema religioso, filosófico o científico para lo que la señora Pfeiffer se puso en camino. Tampoco ella ha contado sus viajes más que para contarlos, de ningún modo para probar ninguna cosa. Precisamente esta ausencia de proyecto da más valor a sus testimonios. En religión es católica y tolerante; en política, dejando a un lado sus pretensiones aristocráticas, admira con satisfacción los resultados de la democracia americana; en filosofía, no tiene más que el corriente y vulgar buen sentido; en ciencia, no conoce más que la Historia Natural, pero jamás habla de ella, salvo para indicar que hace colecciones. No tiene pruebas que establecer y, por tanto, sus observaciones carecen de sistema, pero también de prejuicios. Sus ojos ven y sus oídos oyen bien, porque su espíritu está de par en par abierto, sin abstraerse en una determinada línea de reflexión, en una dirección de estudios, no habiendo sido sometido a hábitos que

(1) *Voyages autour du Monde,* abregés par J. Balin de Lunnay sur la traduction de M. W. Suckan et accompagnés d'une carte.—Deuxième edition.—Paris, Librairie de L. Hachette et Cie, Boulevard Saint Germain, n.° 77.—1869.—Tous droits reservés.

se hubiesen hecho incrementados. Su testimonio es verdadero, porque ninguna preocupación grave ha desviado el sentido ni deformado la inteligencia de la señora Pfeiffer.»

Nació Ida en Viena el 14 de Octubre de 1797 y era hija de un rico comerciante, de apellido Reyer. Era la única hembra de siete hermanos varones, y este contacto constante, unido a la educación dada por su padre, que por un lado procuraba que sus hijos se acostumbraran a privaciones y a dominar sus antojos, y por otro la dejó desde niña usar ropa masculina, hizo de ella lo que podríamos llamar, empleando la frase vulgar, un verdadero marimacho; poniendo, desde luego, gran aplicación y deseo de adquirir los conocimientos que podían ser útiles a un hombre, pero teniendo verdadero desdén por el piano y los trabajos femeninos. Como ella dice de sí misma: «Yo no era tímida, sino más viva y osada que mis hermanos mayores.»

Murió el padre, M. Reyer, en 1806. La madre puso a los varones en colegios y retuvo a la niña consigo, pretendiendo poco después que tomara el traje femenino, proporcionándole tal disgusto que le costó una enfermedad, de la cual se curó al disponer el médico, como única medicina, que recobrara el traje masculino.

La ocupación de Viena por Napoleón en 1809 produjo en ella una explosión de odio contra el gran caudillo corso y contra Francia, mostrando su espíritu patriótico. A los trece años comprendió por sí misma que debía vestir las ropas femeninas y las ocupaciones propias de su sexo, pero declarando que se consideraba torpe y en ridículo con las faldas largas.

Por entonces tuvo un profesor que influyó poderosamente sobre ella y con el que se hubiera casado, pero su madre se opuso. Después de esto rechazó varios pretendientes que tuvo, atraídos principalmente por su buena posición económica.

En 1819, cuando Ida tenía veintidós años, la pretendió el doctor Pfeiffer, viudo, cuyo hijo estudiaba derecho en la Universidad de Viena. Se trataba de un abogado de los más distinguidos de Lamberg, en Galitzia; tras de algunas relaciones lo aceptó y se casaron.

Era Pfeiffer un hombre honrado y caballero íntegramente. Esto motivó el que tomara parte como abogado en un proceso que puso

al descubierto la inmoralidad de no pocos funcionarios, y esto desarrolló contra él tales odios que arruinaron su bufete y le obligaron a marcharse de Lamberg, yendo a establecerse en Viena, donde también se le hizo la vida casi imposible.

Durante dieciocho años luchó Ida con una vida de escaseces y aun de miseria que, a pesar de lo que a ello se resistió, acabaron por obligarla a pedir auxilio a su familia. En 1831 murió la madre, a la que ella asistió hasta el último momento.

Poco después volvió a Lamberg con su marido, que aun se hacía ilusiones de rehacer su posición. A la vez, él estaba atraído allí por el hijo de su primer matrimonio.

Ida, que no se conformaba con aquella situación y deseaba ocuparse de la educación de sus dos hijos habidos en su matrimonio, aprovechando los recursos que le había dejado la herencia materna, se marchó a Viena. Ya allí, viviendo con más calma, pensó solamente en conservar sus fuerzas hasta que sus dos hijos estuvieran en situación de bastarse a sí mismos. Las buenas condiciones de los dos jóvenes Pfeiffer hicieron que pronto tuvieran ambos una carrera honorable, y entonces, recobrando sus antiguos bríos y sus aficiones viajeras, se propuso realizarlas.

Según dice en su diario, reflexionó sobre lo que debía y sobre todo lo que podía hacer. Desde luego había de viajar sola, para lo cual la escudaba su edad, ya de cuarenta y cinco años. También sus recursos eran escasos, por haber gastado gran parte de la herencia de su madre en la educación de sus hijos, pero estaba dispuesta a gran economía y privaciones.

Por último, no lo pensó más y ocultando a su familia el verdadero plan de su primer viaje, dijo sólo que iba a Constantinopla a visitar a una antigua amiga.

Primer viaje.—El 22 de Marzo de 1842 embarcó en un vapor que bajó por el Danubio al Mar Negro y la ciudad de la Media Luna (Croissan, dice la traducción francesa), Constantinopla. Visitó Brussa, Beyrut, Jaffa, el Mar Muerto, Nazareth, Damasco, Balbek, el Líbano, Alejandría, el Cairo, atravesó el desierto, el istmo de Suez y el Mar Rojo. De Egipto pasó a Sicilia y recorriendo Italia regresó a Viena en 1842 en Diciembre.

Había llevado cuidadosamente un diario y animada por sus ami-

gos y sobre todo por un editor, se determinó a publicarlo. Salió bajo el título *Raise einer Wiencrin in das helige Land* (*Voyagé d'une Viennoise dans la Terre Sainte*. Vienne, 1843. 2 volumenes, quatrième edition, 1856).

El éxito de este primer viaje y los recursos que le proporcionó animaron a Ida a realizar otro.

Segundo viaje.—Este fué hacia el Norte y para él hizo una preparación especial, estudiando inglés y danés; se documentó con todos los datos posibles de los países que iba a recorrer y además aprendió la fotografía por el procedimiento del daguerrotipo, único que había entonces.

Partió el 10 de Abril de 1845. El 16 de Mayo desembarcó en Islandia, recorriendo la isla en todos sentidos; visitó el Geiser y las otras fuentes termales e hizo la ascensión al Hecla, que pareció esperar a que partiera para, después de un reposo de setenta años, iniciar otra erupción.

Hacia el fin de Julio entró en Copenhague, de donde pasó a Cristianía, Thelemarken, los lagos de Suecia, Estokolmo, Upsala y las ferrerías de Danemora. Regresó por Travenunde, Hamburgo y Berlín, llegando a Viena el 4 de Octubre de 1845. Este viaje duró seis meses.

El diario se publicó con el título siguiente: *Reise nach dem skandinavischen Nordem un der Insel Island* (*Voyage au Nord de la Scandinavia et an Islande*. Pesth, 1846. 2 volúmenes). Esta obra fué también muy leída y se reeditó en 1855. El importe de la publicación y la venta de las curiosidades que había traído le proporcionaron medios para poder pensar en un viaje de mayor importancia; esta vez alrededor del mundo.

Tercer viaje.—Salió de Viena el 1.° de Mayo de 1846 y embarcó en Hamburgo en un buque de vela que levó anclas el 29 de Junio.

El 14 de Septiembre, después de haber sufrido un fuerte huracán, descubrieron el Cabo Frío y dos días después desembarcó en Río Janeiro, permaneciendo en el Brasil hasta Diciembre del mismo año 1846. En este tiempo visitó a Petrópolis e hizo otras excursiones y estuvo entre los indios puris.

El 8 de Diciembre de 1846 partió de Río Janeiro para Valparaíso. El 3 de Febrero de 1847 dobló el Cabo de Hornos y llegó a Valparaíso el 2 de Marzo. Pasó allí quince días sin poder hacer excursiones, por no saber el día de la partida, y por fin salió el buque el 18 de Marzo, yendo ella enferma y curándose durante el viaje con baños fríos de mar que tomaba en un tonel.

Tras un mes de navegación, el 19 de Abril vieron las islas Bajas o Pomutu, seis días después las de la Sociedad y el 26 estaban delante de Taití. Allí fué muy bien recibida por la familia real e hizo interesantes excursiones, como la visita al lago Vaihiria. El 17 de Mayo levaron anclas, el 2 de Julio entraron en el Mar de la China y seis días después desembarcaba en Macao. Los puntos capitales que a continuación visitó en China fueron Hong-Kong y Cantón, remontando en parte el río de las Perlas y dando detalles de los llamados barcos de flores y de la vida de los chinos y los europeos en China.

El 25 de Agosto (1849), en un vapor inglés embarcó en Hong-Kong para Singapoore, adonde llegó el 3 de Septiembre, permaneciendo hasta el 7 de Octubre, que embarcó para la isla de Ceylán, desembarcando en Punta de Galle. Visitó Colombo, estuvo en Kandy en el centro de la isla, para visitar el santuario de Dagoha, donde se conserva el diente de Buda, y el 27 de Octubre de 1867 embarcó para Calcuta.

Su recorrido de la India duró hasta Abril de 1848 y da interesantes detalles de la vida de los europeos y de los indios. Tras Calcuta visitó Patna, Benarés, Allahabad y Agra, el Tatsch-Mahal, las minas de Fattipour-Sikri, Delhi, Kottah, los templos de Adjunta y de Elora y, por último, Bombay, con los templos de Elephanta y de Salsette.

Desde Abril a Julio de 1848 recorrió el valle del Tigris, visitando Mascate Bender Abassi, Bender Bucher, Bagdag, Ctesifón y Babilonia, y luego en caravanas cruzó la Mesopotamia, estuvo en Arbela, Mossul, Nínive y Tel Newrod.

Entró a continuación en Persia y la transcaucasia rusa, de que da importantes detalles; cruzó el Kurdistán y visitó Ravandus, Sauh-Bulac, el lago y población de Ourumiah, Tauris, Nastchivan y el Ararat. Al entrar en territorio ruso fué tratada con gran desconsideración, cosa que no le había ocurrido en ninguna parte. Después,

por Tiflis, pasó a Constantinopla, visitó Atenas y Corinto y por el Adriático llegó a Trieste, entrando en Viena el 30 de Octubre de 1848, pocos días después de haber sido tomada por asalto la ciudad por las tropas del emperador de Austria.

Cuarto viaje.—Se realizó entre los años 1851 y 55. Lo inició por Europa, deteniéndose algo en Praga y Hamburgo y entrando en Londres el 10 de Abril de 1851. Hace un interesante estudio y descripción de Londres, donde estuvo seis semanas, y por el Támesis, embarcada en un buque de vela que remolcó un vapor hasta Gravesend, hizo rumbo al Cabo de Buena Esperanza, donde llegó el 11 de Agosto. Pretendía Ida hacer una excursión al interior, pero el costo y otras dificultades lo hizo imposible, por lo cual decidió marcharse, embarcándose el 25 de Septiembre, desembarcando en Singapoore el 16 de Noviembre. De allí, en doce días fué a desembarcar en Saraonac, en la costa occidental de Borneo. Allí hizo excursiones al interior y trató a los dayacs. De Borneo pasó a Sumatra a principios de 1852 y permaneció allí hasta Octubre, haciendo excursiones al interior. De allí pasó a Java y las islas de las Especias y estuvo hasta Julio de 1853, en que se embarcó para San Francisco de California.

El 23 de Julio pasaron el estrecho de Formosa en medio de un gran temporal; después siguieron dos meses de navegación tranquila y monótona, hasta que el 26 de Septiembre vieron tierra y al día siguiente entraban por la Puerta de Oro en la bahía de San Francisco. Describe nuestra viajera a San Francisco y tomó después pasaje en un vapor que remontando el Feather la condujo a Marys' Ville, describiendo con este motivo la abigarrada sociedad que formaba el pasaje. Visitó luego los lavaderos de oro de Youba; también vió de cerca a los indígenas de California; pasó por Crescent-City, población fundada en Febrero de aquel mismo año; visitó otros poblados de indios del Rouge-River y volvió a Crescent-City y de allí a San Francisco, donde el 16 de Diciembre embarcó con dirección a América del Sur; hizo escala en Panamá y de allí salió para Lima el 7 de Enero de 1851.

Describe a Lima, visita el templo de Pachacamac, cruza los Andes, ve el Chimborazo y vá a Quito. En este viaje no fué afortunada nuestra heroína en el encuentro de personas como lo había sido hasta entonces, por lo que dedica algún epígrafe especial a tratar de la mala fe de los habitantes. Yendo de Quito a Guayaquil navegando por el río Guaya cayó al agua y se hubiera ahogado infaliblemente, pues los marineros blancos del barco no hicieron nada por salvarla, debiendo la vida a un indio que iba de pasaje y la ayudó a subir a bordo. La maldad de los marineros se confirmó con el hecho de que poco después de salvada Ida, dos de ellos se tiraron al agua para bañarse. Llegó por fin a Guayaquil, donde la dijeron que los marineros de los barcos de aquel río con frecuencia cometían hechos semejantes para robar el equipaje del viajero.

También se ocupa de los prejuicios contra los negros, que degenera a veces en verdaderas infamias.

De Guayaquil pasó al istmo de Panamá y fué a Aspinuall, hoy Colón, que entonces hacía sólo dieciocho meses que se había fundado, y de allí embarcó para Nueva Orleans. Allí se ocupa del asunto de la esclavitud; remonta el Mississipí; se ocupa de los cazadores de pieles del Canadá y de los indios del Lago Superior, y visita las cataratas del Niágara, de donde pasó a Nueva York. El 10 de Noviembre de 1855 embarcó en el magnífico vapor «El Pacífico», que la dejó en Liverpool. Desde allí embarcó para las Azores con objeto de visitar a uno de sus hijos, que estaba establecido en San Miguel. De allí pasó a Lisboa, donde se embarcó para Londres, completando así su segunda vuelta al mundo.

Quinto viaje.—Establecida de nuevo en Viena, no se enfrió su afán de recorrer mundo y empezó a proyectar otro gran viaje.

El 21 de Mayo de 1856 salió de Viena y por Munich y Berlín pasó a Holanda, donde trata de Amsterdam. Después pasa a Francia por primera vez en su vida, y se detiene en París. El 12 de Agosto salió de París para Londres y de allí a Rotterdam a embarcarse en un buque para el Cabo de Buena Esperanza. En el buque iba un cargamento de cien muchachos y muchachas destinados a ser sirvientes en el Cabo. Con este motivo se ocupa de la inmoralidad que rodea la recluta de estos envíos.

Cuando el 17 de Noviembre se preparaba para desembarcar en el Cabo, un francés, Mr. Lambert, que vivía en la isla de Mauricio hacía ya años y que regresaba de un viaje a Francia, habiendo sabido que quería ir a Madagascar, le ofreció facilitarle el viaje,

por lo cual sin detenerse partió con él, y el 1.° de Diciembre fondearon en la rada de San Denis, en la isla de la Reunión (Borbón), de que da algunos detalles. De allí pasaron a Port-Louis, capital de la isla de Mauricio (de Francia). En Mauricio la chismografía y la maledicencia estaban al orden del día, y puestos a inventar, los franceses la tomaron por una envenenadora y los ingleses por una espía.

El 25 de Abril de 1857 abandonó la isla Mauricio y el 3 de Mayo llegó a Tamatave, en Madagascar, donde, siguiendo las instrucciones de Mr. Lambert, fué a alojarse en casa de una malgache llamada la señorita Julia. Empieza aquí a describir las costumbres del país. Llegado Mr. Lambert, describe el viaje de Tamatave a Tananaribo y luego se ocupa de las actividades de Mr. Lambert y consigna datos sobre las costas de Madagascar.

El último capítulo, que comprende de Junio de 1857 a Octubre de 1858, describe la corte de la reina Ranavola, las persecuciones contra los cristianos y, por último, la expulsión, en que tras un viaje en que sufrió mucho logró llegar a Tamatave y partir el 16 de Septiembre en un barco que iba a Mauricio. Iba enferma con fiebres, que le duraron bastante tiempo, hasta que pudo embarcarse, regresando a Viena el 15 de Septiembre de 1858. Llevaba la esperanza de reponerse, pero desgraciadamente no fué así, y murió en la noche del 27 al 28 de Octubre del mismo 1858.

PINÓN (María Rosa: Madame Freycinet).

Freycinet se casó con María Rosa Pinón, joven que en París había recibido una esmerada educación, en 6 de Junio de 1814.

En 1816 se preparó el viaje de la «Urania» alrededor del mundo, y Luis XVIII nombró a Freycinet comandante del buque. Se había fijado la salida de Tolón para el 17 de Septiembre de 1817. La biografía de F. Luis de Freycinet inserta en *Los Contemporáneos* (1), dice: «Entonces ocurrió un hecho completamente fuera de las reglas de la marina. Madame Freycinet había con gran in-

(1) *Les explorationes contemporaines*. Première série.—Paris.—Maison de la Bonne Presse.—Rue Bayard, 5.—Pag. 8.

sistencia pedido a su marido que la llevara. El al principio había rehusado, pero el gran cariño que le tenía y la perspectiva de una larga separación le determinaron a ceder a sus ruegos. La víspera de la salida, por la noche, ella entró en el buque vestida de marinero para engañar a cuantos la vieran, y hasta Tenerife no recobró sus vestidos ordinarios.»

En la visita al gobernador de Gibraltar ella acompañó a su marido vestida de hombre, y se la presentó. Al gobernador inglés le pareció la cosa de mal tono y mostró su desdén.

En todo el viaje se mostró siempre animosa y ecuánime, demostrando su valor y serenidad cuando el naufragio de la «Urania» en las islas Malvinas.

Durante el viaje fué descubierta una isla situada en el extremo oriental del archipiélago de Samoa, a 128 kilómetros ESE. de la isla de Manona, la más próxima. Es pequeña como de kilómetro y medio de superficie y está deshabitada. En honor de la intrépida viajera se la puso Isla Rosa. También en honor suyo los naturalistas de la expedición, a una especie nueva de paloma que descubrieron y describieron, la llamaron *Columba Pinion*.

Perdida la «Urania» y sustituída por la «Physicienne», ésta entró en Cherburgo el 10 de Noviembre de 1820.

Freycinet fué destinado a París para organizar y dirigir la publicación del viaje. Años después, habiendo en París una epidemia muy grande de cólera, la enfermedad alcanzó a Freycinet. Rosa, que llevaba ya diez meses mal de salud, se dedicó a cuidar a su marido, contagiándose de la enfermedad y falleciendo el 7 de Mayo de 1832.

En los *Recuerdos de un ciego.—Viaje alrededor del mundo*, por Santiago Arago, el capítulo XXXIX (pág. 161) se titula *Madame Freycinet*.

Dice Arago que a la salida de Tolón corrieron un gran temporal como iniciación del viaje y que apenas se calmó el tiempo, el comandante convocó en la cámara al estado mayor y le hizo la presentación de su esposa.

Creemos de interés copiar de la página 163 los siguientes párrafos:

«En los puntos de escala recibía madame Freycinet los respe-

tos y obsequios de las autoridades como señora de sociedad que sabe a su vez corresponder a una política y sacrificarse voluntariamente en provecho de todos. La modestia es a menudo en la mujer un verdadero heroísmo.»

«Día verdaderamente doloroso para ella fué aquel en que habiendo partido de la isla de Francia y pasado no lejos de un buque que venía del Havre, algunas horas después supimos en Borbón, donde fondeó el 19 de Julio de 1817 en San Dionisio, que la fragata mercante que nos había hecho el saludo correspondiente conducía a Port Luis a su hermana, quien iba allí en calidad de profesora de un colegio y a la cual ni siquiera tuvo la satisfacción de estrecharle la mano.»

No hemos de dar detalles del viaje, cuyo relato completo está en el admirable libro de Santiago Arago que hemos citado.

SANOY (Elysabeth) (Titayna).

De esta viajera, que sólo conocemos por su libro, no tenemos más datos que los que ella misma nos da de haber sido periodista, al parecer en primer término de sus actividades, y haber realizado reportajes interesantísimos en una vida verdaderamente aventurera, de la cual nos da la siguiente original referencia en su primer capítulo: «Para mí misma, más que para los demás, que quizá no reparen en ello, me permito el lujo acostumbrado de vestirme en este vapor de carga, como lo haría en París, como solía efectuarlo hace unos meses en el «Sus», como lo hacía en el desierto de Anatolia o en las campiñas yugoeslavas, en Bulgaria, en pleno estado de sitio, o en las estepas de Ukrania, en las mismas costas del mar Báltico o en el frente rifeño.»

Este párrafo es bastante para demostrar su espíritu aventurero.

Poco después, en otro párrafo continúa dándonos noticia de su vida aventurera cuando dice: «Hace veinte meses recorrí en siete horas y media de hidroavión la escala Antibes-Túnez: aun llevaba en los ojos la imagen luminosa de la Costa Azul, de palmeras enanas, y ya distinguía árabes y minaretes.» «Dos horas desde Antibes a Ajaccio, cuando iba a la manigua corsa a bailar el fox-trot con Rananetti, el famoso bandido.»

«He fumado el nargile en Constantinopla, comido uvas en Esmirna, bebido moscatel en Siracusa, navegado en las bocas del Cattaro, soñado en Nápoles, probado el marrasquino en Zara y pasado calor en Trieste.»

«He estado toda una noche acostada sobre la cubierta de infames embarcaciones en la bahía de Alhucemas, cuando estudiaba el contrabando del Riff; he caído enferma en Ceuta, inquirido en Melilla y bailado en Tánger.»

Difícil es encontrar ningún otro dato biográfico anterior, pero con éstos se descubre el espíritu andariego y, como antes decimos, verdaderamente aventurero de nuestra heroína, que en párrafo melancólico muestra el deseo de encontrar un puerto en la vida, cosa bastante difícil, pero sobre la que se nos ocurre preguntar si en el caso de encontrarlo sería capaz de quedarse en él definitivamente.

En cuanto a las características materiales del libro, nos atendremos a la ficha que tiene en la biblioteca del Museo Etnológico Nacional (antes Museo de Antropología), que nos proporciona amablemente su bibliotecaria Srta. María Esperanza Galbán y Ordax, y que dice: «Sanoy (Elizabeth) (Titayna).—*La vuelta al mundo de una mujer.*—Traducción directa del francés por «Iberia».—Barcelona.—Editorial y publicaciones Iberia.—Año 1929.—Un volumen, págs. 13-388, tamaño 12×16. Obra ilustrada con 80 fotograbados, un mapa y 14 gráficos.» Formando parte de la publicación periódica *Los grandes viajes y exploraciones*, de la misma Iberia, cuyo editor era D. Joaquín Gil, hay otra edición en 4.° mayor, que alcanza 96 páginas y lleva 55 fotograbados. Esta edición es de 1932.

Está la obra escrita con gran sinceridad y sencillez, habiendo la autora prescindido de la menor fantasía y trasladado a sus páginas las impresiones que va recogiendo con la exactitud de una serie de placas fotográficas.

Donde el entusiasmo de la autora raya a más altura es en el archipiélago de Taití, en donde se detuvo y en cuyas impresiones podemos compararla con nuestra compatriota Aurora Bertrana en sus *Islas de Ensueño*. De Australia, donde también se detuvo, no parece haberse entusiasmado tanto.

Como solemos hacer, daremos una idea del contenido, siguiendo la distribución en capítulos.

Está la obra dividida en catorce capítulos, cada uno de los cuales va precedido de un sumario, cada uno de cuyos epígrafes corresponde a un apartado señalado por tres estrellas en el texto y que al ser redactado por la autora debió corresponder a su vez a una ficha o papeleta escrita durante el viaje.

Capítulo primero.—De cara al mundo.—Salida de Marsella. El «Ville de Verdun».—Vida a bordo.—Una tempestad. — Aprendo principios de náutica.—Concierto poular.—El infierno del buque.

Capítulo segundo.—La Deseada.—Pointe a Pitre.—Un paseo encantador.—Política menuda.—Un baile de negros.—A bordo otra vez.—La Martinica.—Fort de France.—Francia en las Antillas.

Capítulo tercero.—Calor y laxitud.—S. M. el Barman.—Aburrimiento.—Cristóbal Colón y Colón Cristóbal.—Norteamérica en Panamá.—Whisky, placer y trabajo.—La sacerdotisa de Venus.—Silencio y eficiencia.—El Canal de Panamá.—Balboa.—Calor y frío.—Las islas Galápagos.—En pleno Pacífico.

Capítulo cuarto.—Tahití.—Papeeté. — El Paraíso en Oceanía.—Vida primitiva.—Tú, Tayna.—Los leprosos.—Historias y leyendas.

Capítulo quinto.—Mi infierno en el Paraíso.—Notas de color. — Mi huéspeda, antigua antropófaga.—Más historias y más leyendas.—Los fetiches y la pesca.—La madera parlante.—De periodista con faldas a grumete con pantalones.

Capítulo sexto.—La «Monette».—Una simpática tripulación de presidiarios.—Un capitán de leyenda.—Mascaitú.—Encallamos.—Nos auxilian los indígenas.—A flote.—Caza y pesca.—La isla de Huaine.—La poesía y los mosquitos.—Uturoa.—Bora-Bora.—Danzas oceánicas.—Un banquete exótico. — Una bacanal.—Homosexualidad.—Asisto a una pesca original.—Makotea.—Una exploración de fosfatos.—Los Tuamotu.—La pesca de perlas.—Las islas Marquesas. Iva Hoa.—La tumba de un hombre famoso en un islote oceánico.—Los nonos.—El Edén Caníbal.—Mi retrato, objeto de transación.—Kokura.—De nuevo a Tahití.

Capítulo séptimo.—¡ Adiós, Tahití !—El Andrómada.—La isla de Vilelebú en las Fidgi.—El misterio de los hombres que danzan sobre el fuego.—Los bebedores de Kava.—En las Nuevas Hébridas.—La Sociedad de las Naciones en Oceanía.—La danza de la desesperación.—A través de las Nuevas Hébridas.—El Bischlancar.—Entre los caníbales.—Los cerdos colmilludos.

Capítulo octavo.—De nuevo a bordo.—Huyendo de un ciclón.—Las islas de la Lealtad y los lealtaleños.—Lifrn y la leprosería de Chila.—Sueños.—Nueva Caledonia.—Numea.—Un remanso en mi agitada vida.—Remembranzas.—Las capreras de Burel.—El presidio de la isla de Nu.—Con rumbo a Australia.

Capítulo noveno.—Wite Australia.—Sidney.—Vida australiana.—Libertad y deportismo. — En el Woman's College. — Los Bushdevels.—El pájaro que ríe.—En las Montañas Azules.—Kalvomba.—Un regalo principesco.—Brisbane.—La vida en la Station.—La barrera de coral.—El Boomerang, instrumento de diversión.

Capítulo diez —Nueva Guinea.—La isla del Jueves.—De nuevo en el Infierno.—En lucha con los tiburones.—A bordo del «Aki-Maru».—Digresión culinaria.—Me convierto en rana.—Papua.—La isla del Pájaro.—El archipiélago filipino.—Davao en la isla de Mindanao.—La industria de abacá.—Zamboanga.—Manila.—Vencedores y vencidos.—Sombreros filipinos.—Hoteles y cabarets.—Bilibid, el presidio manileño.—La libertad de la *libre* Norteamérica.—Las seis razones de permanencia del *Tío Sam* en Filipinas.

Capítulo once.—El Japón.—Bluff, sólo bluff.—Nagasaki. — Los ferrocarriles en el Japón.—Doy de lado a Kobe, Osaka, Yokohama y Tokio.—Kyoto en el viejo Japón.—El Yoshiwara, barrio del placer.—Navegando por el Mar Interior.—Una tempestad.

Capítulo doce.—China.—El Evangelio de Buda. — Política china.—La red de comunicaciones.—Juncos y Sampanes.—Los colies.—Shangai.—Blancos y amarillos.—«Shopping». — Concierto chino en Cantón.—Hong-Kong.—Divagaciones.—El dios de la Literatura.

Capítulo trece.—Indochina.—Saigón.—Angkor.—Latrocinios en Angkor.—Paom-Penh.—En el puerto de Saigón.—La policía en mi busca.

Capítulo catorce.—Escalas del Extremo Oriente.—Singapoore.—Ceylán.—Aden.—Djibuti.—Pord-Said.

STANHOPE (Lady). Reina de Tadnor (1776-1839) (1).

Esther Lady Stanhope nació en Londres el 12 de Marzo de 1776, siendo hija del célebre lord Stanhope y de Esther Pitt, hija del gran lord Chatham.

Perdió a su madre a los cuatro años y su padre se volvió a casar, por lo que la educación de la niña, cuyo carácter era impetuoso y voluntarioso, estuvo bastante abandonada y desordenada. Su deseo de ver otros países se manifestó pronto en travesuras de niña como la que realizó en 1788, a los doce años, cuando con motivo de la visita hecha a su padre por el embajador de Francia, conde de la Addemar, se exaltó su imaginación y queriendo ver el país no lejano de donde procedía el embajador, «donde los hombres eran elegantes y ricos» (2), estando en Chevening se escapó a la playa, cogió un bote y salió remando al mar. Afortunadamente la vieron y lograron darle alcance. No era bella, pero sí de fuerte complexión y estatura de un metro ochenta y tres centímetros, casi seis pies ingleses.

La orientación política democrática de lord Stanhope no agradaba a su hija, que prefirió irse a vivir con su tío William Pitt, a la sazón primer ministro del rey Jorge y que durante el tiempo de la guerra universal fué el árbitro de la política inglesa interior y exterior. El gran talento de ella se hizo pronto notar, y adquirió una gran preponderancia, llegando a ser el confidente de su tío, que le consultaba todos los asuntos de Estado. Su influencia y también sus bromas desencadenaron contra ella envidias y odios.

Al morir William Pitt en Putney, el 23 de Enero de 1806, se extinguió toda la influencia de Esther.

Pitt murió pobre, dejando sólo deudas, pero en su testamento recomendó a su sobrina a la generosidad del Parlamento, y el mismo

(1) *Les Explorateurs Contemporaines.*—Première série.—Paris. Maison de la Bonne Presse.—Rue Bayard, 5.—En el *Viaje a Oriente,* de Lamartine, está también la historia de Lady Stanhope.

(2) *Memoires de lady Stanhope, related by herself in conversation.*

rey la recomendó también, siéndole concedida una pensión de 1.200 libras de renta anual.

La muerte de su tío desencadenó los odios contra ella, que se sostuvo fieramente, viviendo en Londres dos años; pero la mala suerte la perseguía y murió también uno de sus hermanos. Tiempo atrás había estado enamorada de su primo lord Camelford, pero por cuestión de intereses se opusieron los Pitt y se deshizo la posibilidad de la boda. En los últimos tiempos estaba para casarse con el general Moore, muerto en La Coruña, y esto le descorazonó por completo, empezando a viajar para distraerse. Poco después, en 1809, se retiró a una casa de campo del País de Gales, pero al cabo de un año se aburrió, a lo que contribuía su poca afición a la lectura, y entonces decidió ir a viajar por países lejanos.

El 10 de Febrero de 1810 se embarcó en Plymouth sobre el navío «Jason»; su propósito era explorar la Sicilia, pero en Gibraltar varió el plan, se detuvo en Malta y de allí pasó a Corfú, Corinto y Atenas, donde encontró a lord Byron, pero no simpatizaron.

De Atenas pasó a Constantinopla, donde estuvo bastante tiempo y en donde su salud se alteró gravemente. Formó entonces el propósito de ir a Francia, esperando los buenos efectos del clima de Provenza, y por medio del embajador francés, conde de Latour Maubourg, solicitó autorización del Gobierno francés. La autorización tardaba, y a la vez su salud había mejorado tomando las aguas de Brussa; cambió de propósito y fletó un buque donde con un numeroso séquito se embarcó, llevando consigo todas las riquezas que había llevado de Inglaterra, con intención de ir a Siria, pero el 27 de Noviembre de 1811 naufragó en la costa de Rodas, perdiéndolo todo y estando a punto de ahogarse, logrando coger a nado un islote deshabitado, donde hubiera muerto de hambre, salvándose gracias a unos pescadores de Marmorizza, que la llevaron a Rodas, donde el cónsul británico le facilitó los medios de ir a Malta, de donde pasó a Inglaterra.

Inmediatamente realizó cuanto pudo de su fortuna, fletó un nuevo buque y partió para Egipto en Febrero de 1812, siendo recibida con grandes honores por Mohamed-Alí. De allí pasó a Siria, viviendo varios meses en los alrededores de Jaffa para iniciarse en las costumbres del país, aprender el árabe y empezar a relacionarse con

los jefes árabes y turcos, a fin de ir formando el plan de los viajes que proyectaba.

Su imaginación estaba impresionada por la profecía que la iluminada Brouter le había hecho en otro tiempo de que iría a Jerusalén, viviría siete años en el desierto y sería proclamada reina de los judíos.

Por último, partió para la Ciudad Santa, llevando consigo una gran caravana con numerosos camellos cargados de presentes. Ella iba a caballo vestida de turca. Los cristianos y los judíos le hacían poco caso, pero no así los musulmanes, entre los que repartía muchos presentes y que además, sabiendo que era protegida del sultán, la recibían muy bien, llamándole *Cid Miladi*; ella procuraba halagarlos haciéndose explicar el Korán.

Después de Jerusalén visitó Damasco, Alepo, Balbeck, y regresó a Damasco con el propósito de ir a las ruinas de Tadmor (Palmira), que eran casi desconocidas de los europeos.

Vivió en Damasco bastante tiempo, protegida por el pachá Solimán, huyendo del trato de los europeos, y en pleno barrio árabe y presentándose a diario a caballo vestida de hombre y con el yatagán a la cintura.

El pachá Solimán quería disuadirla de su proyecto de viaje al interior del país entre las tribus de beduinos. Empezó a preparar una caravana, pero muy pronto varió de plan y declaró que no necesitaba la escolta del pachá y que la obtendría de los árabes del desierto.

Con una enorme temeridad se fué sola a las tiendas de los anisis, hizo que la condujeran a la tienda del emir Mohannah y con increíble audacia le dijo: «Sé que eres un ladrón y que estoy en tu poder, pero no te temo. He dejado atrás aquellos que podrían defenderme, a fin de demostrar que me confío a ti y a los tuyos.» Los beduinos, maravillados y ganados por los presentes que les hizo, la acompañaron a Palmira. Hizo en Palmira una entrada triunfal precedida de cincuenta jinetes y seguida de cuarenta camellos, siendo recibida apoteósicamente. Ella iba montada en un soberbio caballo árabe, vestida de un traje magnífico y llevando en la mano una larga lanza. Durante tres noches hizo iluminar las ruinas. Los árabes la proclamaron reina de Tadmor y se hizo coronar. Firmó con ellos un tratado por el cual se comprometían a facilitar el acceso a Palmira a todo viajero que se presentara bajo la protección de ella y pagara mil piastras. El regreso a Damasco pudo ser desastroso, porque unas tribus enemigas de los anisis los persiguieron, pero logró llegar. Le costó la expedición 30.000 piastras.

Después de cuatro años pasados en recorrer Egipto, Siria, Mesopotamia y Arabia pensó lady Stanhope en fijarse en alguna localidad del Líbano. Este proyecto no disgustó al emir Benchir, príncipe de las tribus que habitan en aquellas montañas, que deseaba tener por aliada a aquella extranjera rica y de prestigio, y le ofreció graciosamente el antiguo convento griego de Mar-Elías (San Elías), adonde se estableció en 20 de Febrero de 1814. Su propósito era perder el contacto y las costumbres de Europa y perfeccionarse en el árabe, que llegó a dominar a la perfección. Con regalos y obras de caridad procuró hacerse buena opinión entre los vecinos.

Un antiguo manuscrito que vino a sus manos decía que entre Ascalón y Saida había enterrados en varios lugares inmensos tesoros y en consecuencia ofreció al Gobierno otomano excavarlos, pero dejándole lo que se encontrara sin aprovecharse en nada. El Gobierno aceptó y en 1815 empezaron las excavaciones dirigidas por ella en el sitio ocupado por una antigua mezquita de Ascalón. Arqueológicamente el resultado fué un éxito, porque bajo la mezquita había unas importantes ruinas romanas, pero nada de tesoros. En 1816 se retiró al convento de Mesmichi, donde recibió a Didot y le dió de viva voz la referencia de sus viajes.

En 1818 se estableció definitivamente en Djihoun, donde se formó un parque y unos edificios a su capricho; allí la visitó Lamartine. Allí vivía como reina sobre una treintena de personas: esclavos africanos, criados árabes, sirios, ingleses, dragomanes europeos, su antigua ama de llaves, miss William, de que no se quiso separar, y, por último, su médico, hombre fino y educado, que hizo una gran locura siguiéndola; pero a él se debe que haya tres volúmenes en los que él refiere sus desgracias personales y las aventuras de la reina de Tadmor. Ella no tenía fe ninguna en

el médico ni en la medicina, pero era la única persona europea culta que tenía a su lado, y sobre él descargaban todas las genialidades de verdadera loca que tenía lady Esther. Acabó por volverse a Inglaterra, pero lo llamó y le hizo volver a su lado; luego lo echó y lo volvió a llamar. El llevó su familia a su lado, cosa que la disgustó, y todo eran locuras.

Realmente una vez establecida en Djihoun podemos considerar terminados sus viajes, porque aquélla fué su residencia definitiva y desde allí intrigó en la política del país siempre, queriendo imponerse con una soberbia indomable.

Afectaba un soberano desprecio a las cosas de Europa y vivía Esther Stanhope sin libros ni recibir periódicos ni revistas. Las escasas noticias que llegaban a ella procedían de los pocos viajeros europeos que allí iban, pero no los recibía a todos y en especial rechazaba a los ingleses. Sólo tuvo correspondencia con M. Guys, cónsul francés en Beyrouth. El príncipe alemán Pucker-Muskau tuvo el privilegio de ser recibido. Lamartine fué recibido en 1832, pero el duque Maximiliano de Babiera no lo fué en 1838. Tuvo que licenciar toda la servidumbre europea libre por no poder pagarla.

La situación económica iba siendo cada vez peor; su antiguo capital se había ido convirtiendo en deudas y, por último, en 1839 los acreedores embargaron la pensión que le daba el Parlamento, cosa de que protestó, pero no fué atendida.

Mr. Beaudin, agente francés en Damasco, le prestó 4.000 dólares. Todavía los usureros sirios le prestaron al 50 por ciento de interés, pero esto fué ya la antesala de la más horrorosa miseria. Los muebles rotos, la casa ruinosa y las ropas en andrajos, pero ella conservaba íntegro su orgullo y decía levantando la cabeza con altanería: «Yo soy todavía una Pitt». Su puerta era constantemente asaltada por mendigos, a quienes siempre socorría, pero al final ya no tenía para darles limosnas, mas aun les daba de comer. Un día uno de éstos que esperaba una buena limosna, enfadado cogió un cuerno que llevaba y lo tocó tres veces, maldiciéndola otras tantas con voz terrible. Esta escena impresionó a la servidumbre y a lady Esthher, que estaba enferma y murió poco después, en 23 de Junio de 1839. Felipe Descaux, el autor de la biografía de que proceden estas notas, dice que murió en una habitación cuyo techo estaba medio hundido, estaba sostenido por un tronco de árbol, sin tener al lado a nadie de su raza y tan sólo algunos criados árabes y negros, de los que uno le cerró los ojos. Fué enterrada en una residencia antigua de Mar-Elías, donde ya reposaba Loustauneau.

Bibliografía: *Memorias of lady Stanhope, related by herself in conversations with her Physicien.*—Publicadas en Londres en 1845.—*Travels of lady Stanhope,* 1846. Knicht ed.

— *Life of William Pitt,* par lord Stanhope.

— Didot: *Notes d'un voyage dans le Levant,* 1816-1817.

— Lamartine: *Viaje a Oriente.*

— Philar et Chasels: Artículo en la *Revue de Deux Mondes.* Septiembre de 1845.

TINNÉ (Madame), su hermana la baronesa Von Capellen y Alejandrina Tinné.

En un folletín del *Diario de la Marina,* de la Habana, de Enero de 1862 o fecha próxima, encontramos el siguiente artículo.

«Viajeras intrépidas.—En Noviembre del año próximo pasado publicó el *Times,* bajo el epígrafe *Lady Travallers on the White Nile,* una narración de las exploraciones de tres ladys, las cuales, a bordo de un vapor que ellas habían aprestado a su costa a ese efecto, habían avanzado sobre el Nilo Blanco hasta el otro lado de Gondokoro, en el Africa Central y a unas 1.000 millas inglesas más arriba de Chartum, próximamente hasta el cuarto grado de latitud Norte.

Hasta hace muy poco no se ha tenido concimiento del nombre de estas intrépidas viajeras. La de más edad, Madame Tinné, y su hermana la baronesa de Capellen, son hijas del célebre almirante holandés Von Capellen, el cual cooperó a las órdenes de lord Eximonth a la toma de Argel en el año 1816.

La más joven de estas damas es miss Alejandrina Tinné, hija de Inglaterra, tan ventajosamente conocida ya por su noble acción de rescatar a toda una familia de negros que yacían en la esclavitud y que fué arrancada del hogar por una banda de mero-

deadores disfrazados de comerciantes de Chartum, que saqueaban e incendiaban pueblos y se llevaron a la esclavitud mujeres y niños.

Las tres damas han resultado sanas y salvas en Chartum, y en su última carta se expresa madame Tinné en los términos siguientes: «No os he referido que, a excepción de la enfermedad de Alexandrina, nos ha ido perfectamente en Gondokoro, habiéndonos gustado aquello muchísimo. Había una bellísima azotea en la casa que habitamos, construída por los misioneros tiroleses, los cuales salieron de allí a consecuencia de hallarse continuamente enfermos. ¡Qué hermosísimos limoneros y tamarindos hay en este país! Antes de que enfermase Alexandrina hicimos una excursión de cuatro leguas de distancia al monte Ballaria, como los indígenas le llaman, atravesando una llanura fertilísima cubierta de magníficos árboles; encontramos numerosos rebaños de ovejas, cabras y vacas; vimos por allí muchos pueblos habitados por negros, los cuales pasan en constante algazara el día y la noche, mientras les dura el maíz, y celebran romería alternativa por aquellos pueblos. Son de raza muy hermosa, de aire guerrero y muy camorristas.

Hicimos también una pequeña excursión en el vapor, con objeto de averiguar si era cierto que el río, más arriba de Gondokoro, no era ya navegable. Pudimos subir con el vapor próximamente cinco horas, pero comenzaron los bajíos, de modo que tomamos la vuelta.

En cuanto al descubrimiento de las fuentes del Nilo, se ríen las gentes del país muchísimo.

Luego que se está más allá del río Sobat hay a centenares pequeños ríos que vienen a desembocar en el Nilo. En Gondokoro sucede que llueve todos los años durante seis u ocho meses, aun cuando no sin cesar; cae el agua a tales torrentes que no ha menester más fuentes el Nilo. En lo que concierne a las montañas nada vimos de particular, ni que remotamente pudiera compararse con las grandes cadenas de montañas que hay en Europa, elevándose súbitamente de una llanura cubierta de arena o de hierbas.

La Royal Geographical Society, a cuya disposición han sido puestas las cartas de las tres damas por un pariente muy cercano de ellas y miembro a la vez de la Sociedad, a saber, Mr. John A. Tinné, las publicará en sus Memorias.»

TULLY (Richard). Una cuñada de él cuyo nombre no aparece en el libro.

Figura como autor Albert Javine, que es en efecto el seleccionador, pero no encontramos en ninguna parte y no vemos la razón de que se oculte.

Sólo la da a conocer el seleccionador en los siguientes párrafos del prefacio, donde dice: «Es muy curioso el cuadro que traza de Trípoli en el siglo XVIII el autor (autora) de las cartas de que se encontrarán aquí las más interesantes páginas» (1). No pone epígrafes ni más indicaciones que las fechas de las cartas.

«De 1783 al verano de 1793 fueron escritas a una amiga que vivía en Inglaterra por una de las cuñadas del cónsul inglés, Richard Tully, muy apreciado en el castillo y que rápidamente se convirtió en consejero escuchado por el pachá, lo cual le había proporcionado la entrada en los departamentos de las princesas de la familia reinante.»

«Así ella pudo conocer todas las intrigas de este caos de construcciones que un viajero pinta como más horrible que el más sombrío castillo de las novelas de Mme. Redcliffe. Sin ella no hubo ni fiestas alegres ni solemnidades lúgubres. Se la consideraba como una *lind al bled*, hija del país, y para ella y sus hermanas fué una verdadera pena el abandonar a Trípoli después de haber asistido a la ruina de sus hospitalarios príncipes.»

La lectura del libro revela en esta señorita inglesa mucho talento, espíritu muy fino y observador y también esmerada educación; por eso es más de lamentar que no conozcamos más antecedentes de ella.

Por algunas frases del texto y la manera de referirse a su cuñado hacen pensar que, aunque con seguridad era la hermana ma-

(1) Albert Yavine: *Tripoli au XVIII siècle*. Annoté d'après les documents d'archives et les memoires.—Illustrations documentaires.—Collection historique illustrée.—Société des Editions: Louis Michaud.—168, Boulevard Saint Germain.—Paris.

yor de las, cuando menos tres que eran, la que estaba casada; Richard Tully, debía ser bastante mayor que ella.

Ya que estamos en el terreno de las conjeturas, echaremos a volar la imaginación y formaremos una novela.

Desde luego suponemos que Richard Tully habría desempeñado cargos consulares en el Oriente Mediterráneo y últimamente en Trípoli; hablaba el árabe y era gran conocedor de las costumbres y manera de ser de aquellos pueblos.

Durante el tiempo que medió entre su anterior destino en Trípoli y su regreso pasó una temporada en Inglaterra, probablemente en Londres, y allí conoció a unas muchachas huérfanas bien educadas y de buena familia y se enamoró de la mayor, proponiéndole casarse e indicándole el lugar adonde iba destinado. Ella aceptó gustosa y dispuesta a seguirle adonde fuera, pero le puso una condición, y fué llevar consigo a sus hermanas, que no tenían familia y no debían quedarse solas. El aceptó y por esto muy poco después, verificado el matrimonio, se embarcaron todos para Trípoli.

Seguramente esta muchacha observadora y con verdaderas condiciones de escritora iría entusiasmada al viaje, por lo cual es de lamentar que el autor de la selección no haya insertado la primera o dos primeras cartas que seguramente escribió a su amiga, describiendo el viaje desde que puso el pie en el buque hasta que desembarcó en Trípoli.

El número de cartas de cada año que el seleccionador insertó en el libro es diferente. El año de la llegada es acaso el más favorecido, cosa que se explica porque contiene las primeras impresiones de la llegada con el aspecto del puerto y la ciudad. Desembarcaron pasado el medio día y fueron recibidos por numerosos personajes, unos enviados por el pachá y otros de *motu proprio*. Esto era debido a las simpatías que M. Tully había adquirido durante su primera residencia en Trípoli. Consigna detalles referentes a algunos de ellos y se manifiesta el espíritu femenino en la detallada descripción de los trajes de lujo que llevaban. Se ocupa luego del mal estado de las calles y de los medios para transportarse las damas dentro de la ciudad. Habla también de las antigüedades romanas, en especial del llamado por los moros Arco Viejo, construído el año 164 de la Era cristiana por un romano que era recaudador de los derechos de aduana, y lo erigió en honor de Marco Aurelio y Lucio Vero durante el reinado de estos emperadores. Sigue consignando datos históricos y arqueológicos. También se ocupa de la isla de Djerba y otras dependencias de la Tripolitania y de las razas que habitan el país.

En esta carta se trata del Ramadán, descubriendo las costumbres (29 de Julio de 1783) que a él se refieren, entre ellas la de tener abiertos los consulados extranjeros para que los moros entren a beber a la hora en que termine el plazo. También refiere el intento de apoderarse de la ciudad de un albanés que mandaba una escuadra, y que fué rechazado. El hecho había ocurrido treinta años antes, al principio del reinado del pachá:

3 de Septiembre de 1783. Habla de un paseo a los alrededores de la ciudad y haber visitado un campamento de beduinos y entrado en las tiendas, donde las mujeres les ofrecieron el alcuzcuz, que rehusaron. Se ocupa de los trajes de las beduinas y de sus faenas de tejidos y preparación de la comida. Aunque aquí no lo dice, por otras partes del relato se ve que salían a caballo. También habla de un pueblo de trogloditas que vivía en unas montañas que se divisaban en el horizonte.

9 de Septiembre de 1783. Está dedicada la carta a describir cómo viven las personas principales de Trípoli.

1.° de Noviembre de 1788. Se ocupa del castillo o palacio del pachá. Habla luego de las costumbres de las mujeres de la familia del pachá; del harén, en que la autora llegó a entrar con relativa confianza, y describe a Lalla Kebbiera, la esposa del pachá y otras damas de la familia, así como los interiores del harén y algunas costumbres. Esta primera descripción de la vida en los harenes es interesantísima.

3 de Noviembre de 1783. Se ocupa en describir al pachá Alí Cornalli y refiere cómo el abuelo de éste, llamado por los moros Hamed el Grande, en 1714 se hizo dueño de Trípoli, echando a los soldados turcos, aunque reconociendo la soberanía del gran señor de Constantinopla.

27 de Diciembre de 1783.—Está dedicada a describir la gran

mezquita y el séquito del pachá cuando va a ella. Incidentalmente habla del superintendente de la aduana y sus funciones.

2 de Agosto de 1784.—Como vemos, hay un salto de más de medio año, en que se conoce que el seleccionador ha suprimido algunas cartas.

La de la fecha a que nos referimos habla de la declaración de la peste en Túnez y del peligro de su propagación. También que los españoles estaban en guerra con Argelia, lo cual podía dar lugar a que fuere necesario enviar a Malta a todas las mujeres cristianas, pero esto último a la vez se hacía imposible, porque a causa de la peste no las admitirían.

En la ciudad la situación se hizo terrible; había un estado de hambre espantoso y la gente se moría por las calles. Los cristianos de buena posición acortaron sus alimentos y todos los días repartían la comida posible a los pobres.

El 1.° de Agosto había muerto la madre de Lalla Kebbiera. Aquí da nuestra escritora una interesantísima descripción de todo el ceremonial hasta que fué enterrada, «vestida con una profusión de ricos vestidos y de alhajas».

24 de Septiembre de 1784.—Hubo fiestas y salvas por haberse firmado la paz con las Cortes de España y Nápoles, con lo cual fueron puestos en libertad los cautivos españoles y napolitanos.

También habla de la agradable noticia de que el emperador de Marruecos enviaba una buena cantidad de trigo al pachá en agradecimiento de los servicios que le había prestado al tiempo de su peregrinación a la Meca y luego también a su hijo.

6 de Octubre de 1784.—Se ocupa de la partida de la escuadra veneciana que mandaba el almirante Emo, encargado de combatir los piratas tunecinos. Describe la espléndida fiesta que dió en Trípoli, la riqueza de su vajilla de plata, etc. Termina diciendo que el hambre continuaba haciendo estragos.

20 de Diciembre de 1784.—Se ocupa del lanzamiento al agua de un buque construído en los astilleros de Túnez. Invitaron a los cristianos a verlo. Para dar buena suerte a la botadura siguieron la bárbara y cruel costumbre de atar a la proa del buque un esclavo negro del bey. También inmolaron un carnero. La piratería era un gran ingreso y los capitanes del bey estaban disgustados de la paz con España.

8 de Enero de 1785.—El año empezó peor que el anterior; la peste y el hambre aumentaban diariamente. Las tribus árabes se revolvieron y fué necesario que el bey, hijo mayor del pachá, saliera con tropas a contenerlos. Con este motivo cuenta uno de tantos episodios como se citan de la hospitalidad árabe en que uno estuvo alojado en la tienda de un enemigo mortal, que lo respetó hasta que montó a caballo, diciéndole que saldría detrás y si lo alcanzaba lo mataría. Se salvó gracias a la velocidad de su caballo, y dice la autora que algunos días después comió en casa del cónsul con ellos.

5 de Marzo de 1785.—Sigue la peste y como es contrario a la religión mahometana el tratar de evitarla, los moros se exponen voluntariamente. Cita con este motivo un cortejo nupcial que congregó mucha gente. Sin embargo de la prohibición trataban de evitarla con prácticas supersticiosas.

29 de Abril de 1785.—La peste continuaba y se difundía por gentes que habían ido por tierra desde Túnez. Las princesas salieron con todo su séquito para ir a la mezquita.

27 de Mayo de 1785.—Ya los moros tomaban precauciones contra la peste. La casa del primer ministro estaba aislada. El castillo o palacio se hallaba muy infestado. En aquella fecha por primera vez cerró sus puertas.

28 de Junio, 1.° de Julio, 20 de Julio, 31 de Octubre y 31 de Diciembre de 1785.—Se ocupan casi exclusivamente de la peste y dan detalles cada vez más espantosos y desconsoladores.

30 de Enero de 1786.—Entró un buque que creyeron cargado de alimentos, pero eran materiales para cubrir sepulturas y hacer féretros que llevaba un especulador, por lo cual estuvo a punto de ser saqueado y destruído por el pueblo.

10 de Abril de 1786.—Había partido para Londres como embajador un personaje llamado Hadi-Abderrahman y su casa se infestó de tal modo que su esposa griega, Annaní, tuvo que abandonarla y mudarse a una que M. Tully le facilitó cerca de la suya. Describe a esta dama griega, sus trajes, etc., y también algunas precauciones contra la peste.

2 de Mayo de 1786.—El 20 de Abril había muerto un hijo del bey y esto obligó a la esposa del embajador Hadji-Abderrahman. a ir al castillo a dar el pésame; después de lo cual la hermana de nuestra escritora, Mme. Tully, le envió perfumes para su fumigación. También habla de la vida de interior y las distracciones de las moras de posición.

18 de Junio de 1787.—Parece que había pasado la peste, y la casa del cónsul inglés, M. Tully, fué por fin abierta en ese día, dejando el aislamiento.

A la vez que por este lado se tranquilizaban, empezaron las alarmas por otro. Se empezó a temer que el Gran Señor, temeroso de que los cristianos conquistaran a Trípoli, que estaba sin defensa, hubiera dado al capitán pachá que al mando de la escuadra había salido de Constantinopla, orden de deponer al pachá de Trípoli; esto tenía la agravante de que el capitán pachá, llamado Hunein, hacía años que era enemigo jurado del pachá de Trípoli.

Ante el temor de que llegara la escuadra con la orden de deposición, el pachá salió de la ciudad para pasar la noche en uno de sus palacios y poder escaparse por el desierto si era necesario, dejando a las mujeres fuera de la ciudad, pero sin temor alguno, porque por las leyes de la guerra de los turcos, las mujeres de familia real y las alhajas que lleven encima son respetadas.

En el palacio y también en la ciudad la alarma y la confusión eran enormes y los cristianos estaban tan alarmados como los moros.

24 de Junio de 1786.—Los temores se han, si no desvanecido, aplazado, porque la escuadra pasó por delante de Trípoli con rumbo a Alejandría, adonde lleva orden de castigar los desmanes cometidos contra los cristianos.

El 30 de Julio, 8 de Agosto y 29 de Agosto de 1786 se ocupa de intrigas terribles dentro de la familia real, que en realidad en el fondo tenía la culpa del abandono en que estaban los asuntos de gobierno.

10 de Septiembre de 1786.—Dice la autora que después de su larga cuarentena empezaron a salir, pero con gran circunspección, y cuenta el estado de desolación y abandono en que estaba todo, especialmente en los poblados de fuera de la ciudad. Habían perecido familias enteras. Muchos habían llevado sus muertos a la orilla del mar, donde quedaban abandonados, haciendo renacer el peligro. Los cristianos sugirieron la idea de cubrirlos de cal, cosa que por fortuna adoptaron, si bien consideraban el hecho como un sacrilegio. Los habitantes de las cuevas de las montañas de Gonriana habían huído al desierto y a Túnez, pero se sabía que volvían los que quedaban.

Dentro de la ciudad de Trípoli había muchos muertos abandonados y en tal estado de descomposición que no se podían transportar y fué necesario enterrarlos en la misma casa. El número de niños abandonados y errantes era grande. En conjunto la ciudad estaba casi despoblada.

12 de Octubre de 1786.—El bey regresó con sus tropas después de haber estado más de un mes en Mensuraba, puerto de mar perteneciente al pachá, cobrando el tributo con verdadera dureza. También la noticia de que llegó un mensajero procedente de Egipto con la noticia de que el capitán bajá había sacado grandes sumas de dinero y hecho prometer la reconstrucción de las iglesias cristianas destruídas, y que al saber que había muerto el Gran Señor hizo rumbo a Constantinopla.

Estuvo nuestra escritora a ver a Lalia Annaní, que se había lesionado una cadera, y describe las visitas que tenía y los cuidados que la prodigaban. Describe el traje y habla de algunas de las visitantes. En esta carta hay interesantísimas noticias de trajes y de costumbres.

10 de Febrero de 1787.—Habían ido a visitar a Lalla Udacia, hija del pachá, que se había ido a vivir fuera del palacio.

3 de Marzo de 1787.—Habla de una visita al palacio, con interesantes datos de trajes y costumbres.

23 de Julio de 1787.—Habla de una fiesta dada por Lalla Annaní con ocasión del regreso de su marido el embajador.

20 de Agosto de 1787.—Llevaba varias semanas el hijo del emperador de Marruecos enviado por su padre otra vez a la Meca. Era un malvado de gran crueldad.

26 de Agosto de 1787.—Por fin partió Muley Yazid, el hijo del emperador de Marruecos, a la Meca.

20 de Septiembre de 1787.—Tuvieron convidadas a comer en el

consulado a las damas de la familia del embajador Abderrahman, favor que por primera vez conceden a una casa cristiana. Da una interesantísima descripción de la comida y la sorpresa de las moras con los objetos que veían y las costumbres de los cristianos, siendo una de la cosas que más las admiraron que las mujeres leyeran.

26 de Octubre de 1787.—El pachá enfermó y estaba grave. Esto produjo gran alarma y temían que los hermanos del bey quisieran matarlo para que no sucediera al padre. Cesó la alarma porque se puso bien.

30 de Enero de 1788.—Habían llegado a Trípoli cargamentos de esclavos negros. Con este motivo cita algunas historias especialmente dramáticas que agravaban más este cuadro de barbarie.

12 de Agosto de 1788.—Llegó de regreso de la Meca el hijo del emperador de Marruecos, que siempre cometía infamias y atrocidades.

El 12 de Agosto de 1788 cometió un atropello con el vicecónsul de Francia, que pudo traer graves consecuencias; por fin lograron arreglar el asunto pacíficamente. El 2 de Septiembre dice que se había marchado la víspera.

20 de Diciembre de 1788.—Describe dos casamientos de personas emparentadas con el bajá, celebrados a todo lujo en el castillo.

18 de Enero de 1789.—Da cuenta de la partida de dos personajes de la corte de Fezzan que habían estado unos días en Trípoli. Estuvieron varias veces en casa del cónsul inglés y asistieron a alguna de sus *soirées*, causándole sobre todo gran sorpresa y aun indignándose al ver bailar, y dice: «Su admiración era tal que fué muy difícil convencer a uno de ellos de que los diferentes gestos que había visto hacer no eran más que figuras de baile.»

Habla de un príncipe negro de Bournou que regresaba de Túnez a su país. Iba con sus tres mujeres, pero nuestra autora y sus hermanas no lograron verlas.

18 de Septiembre de 1789.—El bey regresó del campo, siendo bien recibido por su padre. Llevaba una porción de cabezas de jefes enemigos conservadas en sal.

24 de Febrero de 1790.—Parecía que la tranquilidad reinaba de nuevo en Trípoli, pero en una visita que les hizo Lalla Atalluma

descubrieron que estaban muy preocupadas y que dentro del castillo había gran anarquía y desorden.

20 de Marzo de 1790.—Refieren una de las grandes cuestiones y rivalidades entre los hijos del pachá Sidi Hamet y Sidi Useph.

12 de Mayo de 1790.—Dice que hacía un mes habitaba la familia del cónsul británico y, por tanto, ella en uno de los palacios del pachá en el campo, y refiere la visita que allí les hizo el bey, y sigue hablando de su estancia en el campo y cita un atentado frustrado que se cometió contra la vida del bey, que se sospechaba hubiera partido de sus hermanos.

El 12 de Junio de 1790 Sidi Useph partió para su gobierno.

2 de Agosto de 1790.—Regresaron a Trípoli después de su temporada de campo. Se encuentran a las princesas más tranquilas, pero creyendo que Sidi Useph regresaría de su gobierno después de cobrar el tributo. El 20 de Julio regresó a Trípoli acompañado de varios negros de su confianza, y con los detalles que describe nuestra heroína asesinó a su hermano mayor el bey.

En las fechas sucesivas de Septiembre y luego 29 de Noviembre de 1790 sigue relatando la lucha entre los hermanos Sidi Hamet y Sidi Useph. Sidi Hamet reclamó el título de bey y el pachá se lo concedió.

En 21 de Enero de 1791 surgió otra disidencia entre los hermanos.

23 de Junio de 1791.—Las tropas de Sidi Useph atacaron la ciudad al medio día. Los cristianos llevaron sus riquezas a casa del cónsul inglés, y los cónsules de Francia y Venecia también sus familias. La plaza hizo fuego y los atacantes se retiraron a las seis de la tarde, poniéndose fuera de tiro.

21 de Septiembre de 1791.—Los cónsules habían tomado el acuerdo de embarcar a sus familiares en los buques que estaban en el puerto en cuanto aparecieran las tropas de Sidi Useph.

20 de Noviembre de 1791.—Las tropas de Sidi Useph están cerca, se oyen los tambores y cantos de guerra. La ciudad está falta de provisiones de todas clases, pues corre peligro de muerte el que las lleve o salga a buscarlas.

18 de Enero de 1792.—A pesar de las dificultades y peligros comprenden que en Trípoli están los cristianos mejor tratados que

en otros tratados berberiscos. Acaban de saber que habiendo muerto el sultán de Marruecos, Sidi Mohamed, el infame Muley Yazid había subido al trono y mandado matar al primer ministro de su padre, por considerarlo parcial a favor de los españoles.

10 de Marzo de 1792.—Continúa la dificultad de procurarse víveres. Los judíos se niegan a prestar dinero.

18 de Marzo de 1792.—En vista de la alarma, el cónsul de Venecia ha ofrecido las tropas que tiene a bordo de las galeotas venecianas que habían entrado en el puerto. El pachá rechazó la oferta, se creía que para dar facilidades a Sidi Useph. La mujer de éste y su hijo se han vuelto al Userabut, donde ella viste de beduina.

20 de Mayo de 1792.—Sidi Useph, que había ocupado parte de la ciudad, la abandonó y se unió de nuevo a los árabes. La escritora y la familia estuvieron toda la noche hasta la aurora en la terraza para ver la lucha entre las tropas que el pachá había mandado para echar a las de Sidi Useph. Es muy interesante la descripción que hace de la lucha.

2 de Junio de 1792.—Se había restablecido la normalidad; la familia del cónsul inglés se aventuró a salir y fueron a casa de un comerciante a ver a una bella griega que había comprado en Constantinopla, y describe la entrevista con interesantes detalles y datos.

20 de Julio de 1792.—Aprovechando la tranquilidad que había por entonces salieron a caballo a dar un paseo por los alrededores en dirección de Poniente. Habla de la calzada romana que parte de Túnez y que estaba perfectamente. También cita otras ruinas y hace algunas consideraciones históricas.

17 de Agosto de 1792.—Fataisi, famoso marabut que estaba con Sidi Useph, llegó con cartas, pero como no lo dejaron entrar y entregarlas en propia mano al pachá se retiró sin entregarlas, y Sidi Useph consideró esto como nueva ruptura de hostilidades.

19 de Agosto de 1792.—Tuvieron un gran susto por una querella entre los criados del consulado inglés y unos moros que se introdujeron violentamente, y habla del estado de penuria en que estaban el bey y el pachá.

5 de Octubre de 1792.—Habla de la gran sequía que había, así

como del gran calor, por lo que algunas personas habían muerto de sed.

22 de Noviembre de 1792.—Se había recibido la noticia de la muerte en Marruecos del embajador Hadgi Abderrahman, que fué muy sentida por todos. Describe las manifestaciones de duelo de la familia.

20 de Diciembre de 1792.—Estuvieron a visitar la familia real y Lalla Hellume, y las princesas las obsequiaron con una colación, comiendo juntas las del cónsul con ellas. Describe la comida con todo detalle. Refiere anécdotas de asuntos amorosos que contaron.

19 de Enero de 1793.—Habla aún del duedo de Lalla Annaní, viuda del embajador.

10 de Marzo de 1793.—Dice que en aquel año había frecuentes tormentas y un huracán procedente del desierto arrastrando arena finísima que penetra por todos los intestinos.

Procurando rehacer costumbres antiguas, Mustafá Serivan, primer ministro del pachá, invitó a muchos cristianos a comer en sus jardines, y claro que a la familia del cónsul inglés, y describe las comidas y lo que hicieron aquel día.

10 de Mayo de 1793.—Por la mañana recibieron la noticia de que Sidi Useph estaba a cuatro millas de Trípoli con fuerzas mucho mayores que antes.

En el acto cerraron las puertas de la ciudad, pero se pidió que las voliveran a abrir, porque había mucha gente en el campo. Un moro llamado Bunuy se pasó a Sidi Useph, cuyas tropas crecían por momentos. A las cuatro de la tarde el bey mandó cerrar cuidadosamente las puertas. Las tropas de Sidi Useph se dedicaban al saqueo de todas las casas de campo, y los habitantes huían llevando lo que podían transportar.

30 de Junio de 1793.—La situación empeoraba. El pachá no encontraba manera de reunir tropas. Sidi Useph hizo que sus tropas ocuparan a Taquira, a cuatro leguas de Trípoli, y procuró aproximarse a la ciudad. Se hizo una salida que al pronto dió resultado, pero luego fué rechazada en forma que tuvieron que retirarse y acaso hubieran muerto todos, porque equivocadamente habían cerrado la puerta por donde debían entrar. Todos los cónsules estuvieron al

lado del bey en el castillo presenciando el combate. Sidi Useph se aproximó tanto a la ciudad que los cristianos salieron del castillo y el bey se retiró de lo alto de las murallas. El bey, a causa del exceso de calor, hizo al medio día que entraran las tropas en la plaza, por lo cual las de Sidi Useph cantaron victoria y lo celebraron comiendo pavos asados.

29 de Julio a las diez de la noche.—Dice que se encuentran en una situación muy peligrosa. Están a punto de abandonar a Trípoli, pero viendo antes cómo se establece un nuevo gobierno, siendo expulsada la familia del bajá por un usurpador turco. Sidi Useph, que tanto había hecho por echar a su padre del trono, tenía que dejarlo a un extranjero.

Dice que estaban dando su acostumbrado paseo por la terraza aquella noche, cuando vieron anclar en el puerto una escuadra turca. Procuraron informarse y supieron que la escuadra traía a bordo a Ali-Ben-Zoul, provisto de un firman del Gran Señor que le autorizaba a deponer al pachá y ocupar su lugar.

El jefe de la escuadra inglesa con que debían volver a Europa les envió un oficial invitándoles a que sin pérdida de momento se embarcaran. Convinieron en poner un farol en el asta de bandera del consulado para avisar que estaban listos.

En tanto había mucha confusión y muchos turcos habían desembarcado.

En tanto supieron que había orden de cerrar las puertas de la ciudad dos horas antes que de costumbre, y los oficiales que habían ido a visitar aquella noche tuvieron que marcharse.

A poco se enteraron de que el bey había decidido abrir las puertas a Sidi Useph, para que uniéndose sus árabes con las fuerzas de la ciudad expulsaran a los turcos. Consideraba el bajá que éste era el único medio de salvar su familia.

30 de Julio a las dos de la mañana.—Decidieron dormir un rato todas las mujeres, que estaban rendidas de fatiga. Los cónsules hacían guardias por turno y todo el personal estaba armado de fusil y pistola. Sólo se oía el ruido de las patrullas turcas por la calle. Ali-Ben-Zoul no había desembarcado, pero obligaron a ir a bordo al rais de Marina y otros oficiales de importancia. A eso de la una

de la madrugada la escuadra hizo salvas, que parece anunciaban la muerte de los oficiales del bajá, que habían sido estrangulados.

Nuestra heroína y sus hermanas, aprovechando la noche, se subieron a la terraza, pero al venir el día creyeron prudente que no las vieran allí. El consulado inglés era el sitio más seguro y en él se refugiaron no sólo los que tenían derecho, sino muchos más que fueron admitidos. Todas las mujeres de los cónsules estaban con ellas.

30 de Julio al medio día.—Un destacamento turco fué enviado al consulado inglés; decían que para protegerlo, pero con la mayor arrogancia se hacían servir café y refrescos.

A media noche el pachá y su séquito y familia abandonaron el castillo. Lalla Hallma estaba muy enferma y fué necesario alojarla en una casa de la ciudad, pues no era posible que viajara. Los oficiales de la fragata que debía transportar al cónsul y familia llegaron al consulado a las seis y media de la mañana y los felicitaron de que los turcos hubieran tomado la ciudad sin disparar un tiro. Dice que en el desayuno tenían treinta personas. Sin concluir el desayuno les avisaron que pasaba el nuevo bajá Ali-Ben-Zoul. Al desembarcar éste se arrió la bandera morisca y se izó la bandera turca carmesí con la media luna. Por el momento no era prudente salir a la calle.

11 de Agosto de 1793.—Refiere un incidente grave porque un buque inglés persiguió a una tartana francesa que estaba en poder de los turcos. El nuevo bajá quería que Mr. Tully se le presentara, pero él, temiendo ser detenido, se fué a la fragata inglesa y dejó a la familia en el consulado de Venecia. Por fortuna se arregló pronto el asunto y volvieron a su casa a comer. También logró que se fuera la guardia turca que les habían mandado, cosa que hicieron, pero después de pagarles un pataque por hora.

13 de Agosto de 1793.—Sigue refiriendo incidentes, entre ellos el haberse introducido en la plaza disfrazados algunos oficiales de Sidi Useph. Uno de ellos que era conocido, les dijo que Sidi Useph pensaba atacar la plaza aquella misma noche y que para contar con los jefes árabes les había prometido dejarles tres días de saqueo; pero también que serían respetados los consulados.

Las tropas de Sidi Useph, en efecto, apretaron el cerco de la

ciudad y acaso hubieran entrado, pero los turcos descubrieron el sitio de una mina y lograron parar el choque.

16 de Agosto de 1793.—Por fin supieron dónde estaba refugiada Lalla Halhuma y trataron de enviarle algún socorro. Por el momento fué imposible, porque llegó en el momento de prender los turcos a uno de sus nietos, creyendo que era el heredero del trono.

Querían nuestra heroína y sus hermanas despedirse de ella, pero era muy peligroso y lo dejaron para última hora.

17 de Mayo de 1793.—Cuenta horrorosos detalles de las infamias cometidas por los turcos para obtener dinero como rescate de personas de posición que habían preso.

22 de Agosto de 1793.—Como se pensaban marchar al día siguiente, se lanzaron a hacer la visita de despedida a las princesas, las cuales aun habían sido respetadas, pero temblaban por la suerte de una de ellas, Zenobia, que estaba aún en poder del tirano. También temblaban por la suerte del pachá y del bey. Tal iba el pachá, que el bey creyó que moriría en seguida. Habían reunido en un cajón cuantas riquezas pudieron, pero al llegar cerca de la puerta de la ciudad los árabes que la escoltaban lo rompieron y robaron todo.

Las de Tully fueron luego a despedirse de Lalle Halhuma y encontraron otro cuadro de desolación. Lalla Halhuman sobrevivió poco, muriendo en su refugio. Era de corazón buenísimo y su reinado marcó un período de gran clemencia. Estuvieron con ella el tiempo que fué posible, pero ella misma les recordó el peligro y al despedirse les dijo que estaba segura de que sus sufrimientos ya durarían poco.

23 de Agosto de 1793.—Copio el último párrafo del libro: «Hemos pasado ayer nuestra víspera de partida en casa del cónsul de Venecia, donde todos nuestros amigos cristianos estaban reunidos para despedirnos Muchos oficiales de los buques en que debíamos volver a Europa estuvieron en tierra hasta muy tarde. Pasado ya el medio día numerosos moros vinieron sucesivamente a manifestar a M. Tully su sentimiento de verle abandonar el país. Entre ellos los hubo muy numerosos que nos encontraron ayer en la calle y no podían retener las lágrimas. Miraban a M. Tully y le daban entre

ellos el nombre de Ben-el-Bled y de Dul-el-Bled (hijo del país, señor del país)».

Aquí termina el relato, siendo de lamentar no tener ni el nombre de la autora ni conocer completa la colección de sus cartas.

En cuanto a la suerte de la familia real, copiaremos las dos notas que trae el libro (pág. 187): «Poco después de la partida de la familia Tully el pachá turco despojó a las damas de Ali-Coromali de sus alhajas y ropas y las embarcó sin víveres para Túnez.»

(Pág. 189): «El pachá y sus hijos se refugiaron en Túnez, donde el bey los trató cordialmente. Lalla Halhuma había muerto en su refugio cuando el bey y Sidi Useph expulsaron de Trípoli al usurpador del poder; pero Sidi Useph entró el primero en la ciudad y cerró las puertas a su hermano, el que se obligó a vivir en Derna.»